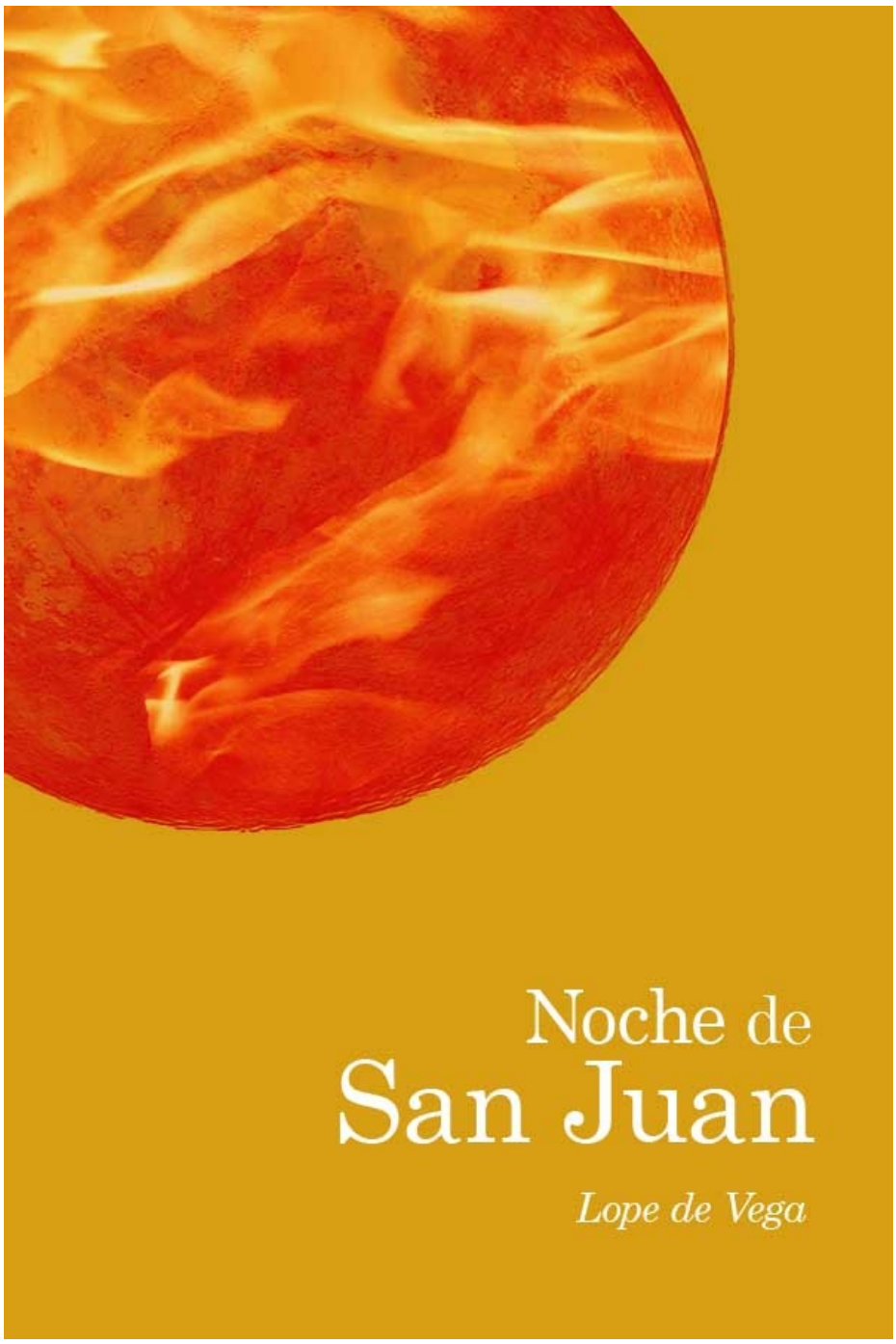

Noche de San Juan

Lope de Vega

Lope de Vega

Noche de San Juan

BajaLibros.com

Bajalibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las

sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o

procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-34-0065-0

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

NOCHE DE SAN JUAN

Personas que hablan en ella:

- **Don JUAN**
- **Don LUIS**
- **Don PEDRO**
- **Don BERNARDO**
- **TELLO, gracioso**
- **OCTAVIO**
- **MENDOZA**
- **CELIO**
- **FABIO**
- **LEANDRO**
- **RODRIGO**
- **LEONARDO**
- **Don ALONSO**
- **Don FÉLIX**
- **Don TORIBIO**
- **ALGUACILES**
- **Doña LEONOR**
- **Doña BLANCA**
- **INÉS, criada**
- **FENISA**
- **ANTONIA, criada**
- **LUCRECIA**
- **ACTO PRIMERO**

ACTO PRIMERO

Salen Doña LEONOR, dama, e INÉS, criada

LEONOR: No sé si podrás oír
lo que no puedo callar.
INÉS: Lo que tú supiste errar,
¿no lo sabré yo sufrir?
LEONOR: Perdona el no haberte hablado,
Inés, queriéndote bien.
INÉS: Ya es favor de aquel desdén
pesarte de haber callado.
LEONOR: No me podrás dar alcance
sin un romance hasta el fin.
INÉS: Con achaques de latín,
hablan muchos en romance.
LEONOR: Las destemplanzas de amor
no requieren consonancias.
INÉS: Si sabes mis ignorancias,
lo más claro es lo mejor.
LEONOR: ¿Tengo de decir, Inés,
aquello de escucha?
INÉS: No,
porque si te escucho yo,
necio advertimiento es.

LEONOR: Vive un caballero indiano
enfrente de nuestra casa,
en aquellas rejas verdes,
cuando está en ellas, doradas.
Hombre airoso, limpio y cuerdo,
don Juan Hurtado se llama;
dijera mejor, pues hurta,
don Juan Ladrón, sin Guevara.
Éste, que mirando en ellas,
las tardes y las mañanas,
no curioso de pintura
los retratos de mi sala,
sino mi persona viva,
como papagayo en jaula
siempre estaba en el balcón
diciendo a todos: "¿Quién pasa?"
Debió de pasar amor,
que como el rey que va a caza
a las águilas se atreve,
cuanto y más a humildes garzas.

Parándose alguna vez,
preguntóle cómo estaba;
respondió: "Como cautivo,"
y miraba mis ventanas.
De sus ojos y su voz
a mi labor apelaba;
mas pocas veces defienden
las almohadillas las almas.
Muchas, te confieso, amiga,
que los ojos levantaba
por ver si estaba a la reja,
que no por querer mirarla.
Di en cansarme si le vía,
¡oh, qué necia confianza!
que pesándome de verle,
de no verle me pesaba.
Dicen los que saben desto,
Inés, que el amor se causa
de unos espíritus vivos
que los ojos de quien ama
a los opuestos envían,
y como veneno abrasan
de aquellas sutiles venas
la sangre más delicada.
Por esta razón, los niños,
en los brazos de sus amas,
enferman de quien los mira,
aunque es la causa contraria;
que allí mira el niño amor,
pero aquí padece el alma,
que las niñas de los ojos
las de las almas retratan.
En la Vitoria una fiesta,
que en guerra de amor no falta
la vitoria a quien porfía
y más si está la esperanza
tan cerca del Buen Suceso
el tal indiano esperaba
que yo llegase a la pila;
llegué, y al tomar el agua,
como que hacía lo mismo
me echó un papel en la manga.
¿No te dije yo al principio
cómo Hurtado se llamaba?
¿Pues qué mayor sutileza
viniendo entre gente tanta?
Tomaba con una mano
el agua y con otra echaba
el papel, en que fué cierto
lo que dicen del que anda
entre la cruz y la pila.
Pasaron dos horas largas

mientras en la iglesia estuve,
donde, por más que rezaba

más al papel atendía
que a las imágenes santas.
Quise romperle mil veces,
y cuando ya le sacaba
parece que me decía:
"Señora, ¿por qué me rasgas?
¿Qué perderás en saber
cómo escriben a sus damas
los amantes?" Pero yo,
aunque con mudas palabras,
"No, traidor," le respondía,
"aquí morirás, que llamas
para papeles de amores
suelen ser manos honradas".
Entre si le rasgo, o no
¡oh, cuánto yerra quien halla
luz para atajar principios
y los remedios dilata!
Comencé a rasgarle, y luego
detuvo el amor la espada,
porque es ángel que defiende
papeles cuando honras mata.
Volvió, en fin, por las razones,
y la razón desampara,
afeándome la muerte
de un pobre papel sin armas.
El vino conmigo, en fin,
y en mi aposento, sentada
en mi cama, vi el papel,
cortés, como quien engaña,
y breve, como discreto,
y aquella máscara santa
del matrimonio, en los hombres
treta que ha perdido a tantas.
Anduve desde este día
triste y alegre, cansada
de sufrir mis pensamientos,
que resistidos desmayan.
Don Juan, como pescador
que al pez el sedal alarga,
cuando ya le tiene asido
y va mudando la caña,
envióme una mujer
destas que cuentan por habas
los sucesos por venir;
negro monjil, tocas blancas,
cuentas de no dar ninguna,
que cruz y muerte rematan,
cruz de matrimonios que hacen
y muertes de honras que acaban.

Yo no sé, por no cansarte,
con qué hechizos o palabras
trocó mi honesto deseo,
que a dos visitas estaba
como don Juan me quería,
claro está, que enamorada.
Respondí al papel, y a muchos,
por esta fingida santa,
a quien mi casa venera
y a quien mi hermano regala.
En fin, dando yo lugar,
todas las noches me habla
por esas rejas don Juan;
porque, después de acostada,
vuelvo a vestirme y salir;
porque cuando el amor danza,
no hay Conde Claros, Inés,
que así salte de la cama.
Hablamos hasta que el sol
nos envía, con el alba,
a decir que ya es de día,
porque los ojos no bastan.
Así pasamos las noches,
y te prometo que es tanta
la blandura y discreción
de don Juan, y que me trata
con tan honesto respeto,
que, perdida y obligada,
pienso advertir a mi hermano
de que mi vida se pasa
sin que de mi estado trate;
que, divertido en sus damas,
como caballero mozo,
ni se casa, ni me casa;
porque somos las mujeres
fruta que con flor agrada,
y del tiempo en que se coge
siempre es mejor la mañana.
Esta, Inés, la historia ha sido,
y, cuanto amorosa, casta,
no le di mano sin ser
sobre lágrimas prestadas.
A quien no lo pareciere,
pruebe a ser un año amada,
que oír y no responder
sólo es bueno para estatuas.
Yo defendí mi valor;
pero donde el cielo es causa
y dos almas se conforman,
ninguna prudencia basta.

INÉS: Aunque has pensado que yo

no entendía tu inquietud
y estimaba la virtud
de quien el papel te dio,
sabe que todo lo sé
y de Tello, su criado,
que alguna vez me ha fïado
tus pensamientos, en fe
de un poco de voluntad.

LEONOR: ¿Quiéresle bien?

INÉS: Es discreto.

LEONOR: Bueno andaba mi secreto.

INÉS: ¿Parécete novedad
que donde mira el señor
siga su ejemplo el crïado.

LEONOR: Mi hermano, Inés, ha llamado.
¡Ay, Dios!

INÉS: ¿De qué es el temor?

LEONOR: De venir con él don Juan,
a quien él jamás habló.

INÉS: ¿Don Juan?

LEONOR: Ya le he visto yo,
y mil sospechas me dan.

Salen Don JUAN, Don LUIS y TELLO

LUIS: Creed, señor don Juan, que estoy corrido
si bien no culpa, encogimiento ha sido
no haberos visitado.

JUAN: Confieso que en lo mismo estoy culpado,
siendo mi obligación.

LUIS: Antes la mía,
que ofreceros debía,
mi casa y mi amistad, por caballero,
vecino y forastero.

JUAN: Mostráis lo cortesano y lo discreto
en honrarme, don Luis, y yo os prometo
que el amor me debéis con que os hacía
mil visitas el alma cuando os vía,
con mil ansias de ser amigo vuestro.

LUIS: Estrellas tuvo el pensamiento nuestro,
ellas nos concertaron, pues ha sido
igual amor el que nos ha vencido;
servíos desta casa llanamente.

JUAN: Esclavo seré suyo eternamente.
¿Es vuestra hermana esta señora?

LUIS: Hoy quiero
que conozcáis mi hermana. El caballero,
Leonor, que miras es don Juan Hurtado,
ya sé que tu retiro recatado
aun no sabrá que fué nuestro vecino
desde que a España de las Indias vino.

JUAN: (¡Cielos, qué dicha es ésta!) **Aparte**

Señora, a tantas honras, la respuesta
es el silencio mudo,
que es la lengua mejor de quien no pudo
satisfacer su obligación hablando.

LEONOR: Y yo, señor don Juan, quiero, imitando,
si no el ejemplo, el pensamiento vuestro,
decir callando del contento nuestro
alguna parte breve
por mi hermano y por mí.

LUIS: Todo se debe
al valor de don Juan.

JUAN: Embarazado
de tantas honras, casi estoy turbado;
aunque no lo supiera,
por hermanos, señores, os tuviera,
viendo tan parecida cortesía.

LUIS: Retírate, Leonor, que hablar querría
a solas con don Juan.

LEONOR: Como quisieres,
aunque la condición de las mujeres
lleva mal los secretos.

Aparte a TELLO

JUAN: (Tello, ¿que es esto?

TELLO: Del amor efetos;
que se pega también, y es cosa llana
que a don Luis se le pegó su hermana.

JUAN: Si hacemos amistad, ¡ay, Leonor mía!,
aquí veré tu sol sin celosía.)

[Aparte las dos]

LEONOR: (Inés, detrás desta cortina quiero
escuchar a mi hermano, que me muero
de varios pensamientos combatida.

INÉS: ¿No ves que es amistad?

LEONOR: ¿Y si es fingida?)

Escóndense las dos

LUIS: Señor don Juan, ya que habemos
nuestras almas declarado,
fuera engaño haber callado
lo que en su centro tenemos;
sin prólogos, sin extremos,
ya sois dueño de la mía.

LEONOR: ¡Ay, qué desdicha sería,
Inés, que se declarase!

INÉS: Mas aguardo que te case.

TELLO: (No hay secreto sin espía: **Aparte**

las dos escuchando están;
que mujeres, por saber,
y más cuando hay que temer,
ventanas en bronce harán.

LUIS:

Yo quiero, señor don Juan,
al más hermoso sujeto
deste lugar, y aunque a efeto
de casarme, como es justo,
no corresponde a mi gusto,
ni en público ni en secreto.
Creer que es honestidad
a mi amor, está muy bien;
que en un público desdén
hay secreta voluntad.
Tenéis vos tanta amistad
con el dueño desta dama,
que no fué mayor la fama
de Pólux y de Castor;
por donde piensa mi amor
que la fortuna me llama.
Pero ya ¿qué tiempo aguardo,
cuando tan bien me entendéis,
pues dice que lo sabéis
la amistad de don Bernardo?
Que este mi desdén gallardo
trujo de Sevilla aquí,
como su hermano, y yo fui
dichoso en que van despacio
sus negocios en palacio,
pero muy aprisa en mí.
Blanca me mata, en efeto;
yo me querría casar;
nadie lo puede tratar
como un amigo discreto;
vos lo sois, y yo sujeto
a cuanto vos concertéis.
En dote no reparéis,
que bien sabréis cuál me veo
si en posesión o en deseo
alguna prenda tenéis.

JUAN:

Si no tuviera por cierto
el fin de tan justo amor,
sabiendo vuestro valor,
no me obligara al concierto;
será de Bernardo acierto,
de Blanca será ventura;
en vuestro valor segura,
bien os empleáis los dos,
vos en ella y ella en vos;
a tal fe, tal hermosura.
Y así, desde ahora os doy
parabién, que lo que es justo

lleva de su parte el gusto;
conque a decírselo voy.
De Blanca seguro estoy,
que si os trató con desdén,
no fué desprecio; que quien
sabe que se ha de casar
todo lo quiere guardar
para cuando le esté bien.
Allá en Sevilla tenía
ciertos pensamientos yo,
que la ausencia dividió,
y de experiencia sabía
que una amorosa porfía
quiere presta ejecución;
yo os traeré resolución
tan presta, si me la dan,
que hoy, víspera de San Juan,
juréis de la posesión.

LUIS: Echaréme a vuestros pies.

JUAN: Dejad cumplimientos vanos.

LUIS: Dadme siquiera las manos.

JUAN: Guardaldas para después.
Vamos, Tello.

TELLO: Mira a Inés
con la divina Leonor.

JUAN: ¿Acecharon?

TELLO: Sí, señor.

JUAN: Tello, si don Luis se casa,
yo soy dueño desta casa.

TELLO: San Juan nos dé su favor.

Vanse los dos

LUIS: Echando al mayor mundo todo el velo
asombra la celeste artillería
y entre pedazos de tiniebla fría
por donde daba luz escupe hielo.
Mas tomando con lástima del suelo
el hacha eterna el que los años guía
huye el horror y resucita el día
en el alcázar del sereno cielo.
Así, con puros rayos celestiales
en tanta tempestad, tu sol previenes,
hermosa Blanca, y a mis ojos tales.
Oh bien haya el rigor de tus desdenes;
por que si no se hubieran hecho males
era imposible conocer los bienes.

Salen Doña LEONOR e INÉS

LEONOR: Vengo a reñirte, enojada;

paciencia puedes tener.

LUIS: ¿Tú, Leonor? Debe de ser
porque estás hermosa, airada.

LEONOR: Todo lo que has dicho oí
al indiano caballero,
que de tus bodas tercero
agora se va de aquí.
¿Es justo que tome estado
un hombre de tu valor
antes que yo? ¡Qué rigor!
Pues es fuerza que, casado,
esclava venga yo a ser
de una muy necia cuñada
que a la suegra más cansada
sostituye por poder.
¡Qué buen cuidado de hermano!
De tales obligaciones
en buen estado me pones;
quiero besarte la mano.
¡Qué buen marido me das
sirviendo toda mi vida
a una ninfa bien prendida!
Ya la imagino detrás
y la doncella delante,
y decirme, muy tirana:
"Deja, Leonor, la ventana,"
no queriendo que levante
los ojos a ver pasar
caballo, coche o carroza.
Como si una mujer moza
se pudiese consolar
de no ver lo que otros ven,
habiéndose hecho los ojos
si para llorar enojos
para ver la luz también.
¿Es bien que esté en mi labor,
y que ella todo lo mire;
y en tanto que yo suspire,
decir muy a lo señor:
"Qué bien a caballo va
Sástago con sus soldados;
lució en los toros pasados;
bien visto en la corte está;
bravos tudescos sacó."
Y yo en la sala, a lo fresco,
que labre y mire en tudesco
mientras el otro pasó.
Gallardos, de mar a mar,
pasan el Duque y Marqués,
la silla, el coche. ¿No ves
que a pausas me ha de sangrar
darme tentaciones tales?

¿Sin ser mi padre me das
madrastra? Mas no podrás;
que hoy quiero que me señales
monasterio y alimentos.

LUIS: Tienes, Leonor, mil razones;
que olvidan obligaciones
amorosos pensamientos.
Estoy corrido de ver
que me intentase casar;
palabra te quiero dar
de que no tendré mujer
antes que tengas marido,
hallando sujeto igual.

LEONOR: Siendo rica y principal,
¿tan desdichada he nacido,
tan sin méritos estoy
que de nadie soy mirada?

LUIS: Leonor, si alguno te agrada
y es tu igual, licencia doy
a que me digas quién es
y la tengas de casarte.

LEONOR: No sé cómo acierte a hablarte.

LUIS: Si lo he de saber después,
¿no es mejor saberlo agora?
No te turbes. ¿Qué claveles
son ésos, que tú no sueles
tener conmigo?

INÉS: Señora,
habla, que es linda ocasión.

LEONOR: Si te hablo claro, hermano,
este caballero indiano
me mira con afición,
y crïados de su casa
a los nuestros han contado
que ya un hábito le han dado,
que a esto ha venido y que pasa
su hacienda de nueve mil
pesos de renta, que yo
no le había visto.

LUIS: ¿No?

LEONOR: No,
que aunque el amor es sutil,
no pudo desde su reja
penetrar mi celosía.

LUIS: Yo no quiero, hermana mía,
que de mi amor tengas queja;
fuera de que la afición
que tengo a este caballero,
ya de mis bodas tercero

que no es poca obligación,
concertará fácilmente
las vuestras con gusto mío,

que del tuyo bien confío
que el concierto te contente.
Porque quien la celosía
dijo que no penetraba,
claro está que le miraba
si vio que el otro le vía.
Huyeron de una pendencia
dos, y el uno se alabó
de que el otro se escondió,
juzgando por diferencia
el huír y el esconder,
siendo todo cobardía;
y así tú cuando él te vía
también le pudiste ver.
Pero no lo examinemos;
él vendrá y yo le querré
por cuñado; en cuya fe
los cuatro nos casaremos.
De suerte que, si cansada
es la cuñada, Leonor,
quedarás, si no es mejor,
con el cuñado vengada.

LEONOR: Fío de tu entendimiento
que lo sabrás disponer.
De golpe tanto placer,

Aparte a INÉS

(¡Ay, Inés!, temo el contento,
que también suele matar.

INÉS: ¿Y Tello no tendrá aquí
su papel?

LEONOR: Dile. . .

INÉS: ¿Qué?

LEONOR: Di
que le comience a estudiar.
Dame pluma y tinta luego;
a don Juan escribiré
lo que ha de decir. No sé
cómo mi poco sosiego
no dió enojo a don Luis.
¡Oh bienes, aunque dichosos,
siempre venís sospechosos
cuando de prisa venís!)

Salen Don JUAN y Don BERNARDO

BERNARDO: Conozco la obligación.

JUAN: A mi fortuna agradezco
quitaros a vos cuidados
y dar a Blanca remedio.

BERNARDO: Sois mi amigo en que se cifra

cuanto encarecerceros puedo;
que una hermana a un hombre mozo
es un insufrible peso;
no habré tenido en mi vida
mejor San Juan.

JUAN: Y yo pienso
que hoy está de gracia toda
la luz del zafir eterno;
alguna conjunción magna
de benévolos aspectos
influye fiestas, Bernardo,
paces, gustos, casamientos.
Tengo por feliz auspicio
tratar el de Blanca en tiempo
que la fortuna mayor
mira bien al Sol y a Venus;
de que procede también
que siendo en el cielo inmenso
Júpiter, señor del año,
propicio a reyes y a imperios,
ganados, trigos y frutos,
paz y prósperos sucesos,
el Júpiter español,
también con igual contento,
se muestre alegre esta noche;
y como del Rey sabemos
que tiene Dios en sus manos
el corazón, por lo mesmo
el buen Rey tiene en las suyas
los corazones del reino.
No es noble, ni hombre de bien,
quien no se alegra, pues vemos
que del Sol viene la luz,
como del entendimiento
a las acciones del hombre
la razón; y, fuera desto,
dijo un ángel a los padres
de San Juan, que el nacimiento
de su hijo había de ser
alegre al mundo universo.
Luego alegrarse esta noche
es justo, como decreto
de Dios por boca de un ángel.
Yo entré con un caballero
a ver el sitio, Bernardo,
donde esta noche veremos
tres soles en una aurora,
que son, sin Edipos griegos,
Rey, Reina y Infantes; mira

todo el problema deshecho.
Del Conde de Monterrey
el jardín, por los extremos

que tiene al prado ventanas,
dispuso el Marqués Crescencio,
por orden del Conde Duque,
desta suerte: un teatro en medio
con más de trescientas luces,
que han de competir ardiendo
entre faroles de vidrio
con duplicados reflejos
a veinte y cuatro blandones,
y, juntas ellas con ellos,
a cuantas luces se asomen
a las ventanas del cielo
que como es fiesta, Bernardo,
que le ha de tener por techo
bordarále de diamantes,
porque no parezca negro.
Aquí, el primero en la dicha,
representará Vallejo
una comedia, en que ha escrito
don Francisco de Quevedo
los dos actos, que serán
el primero y el tercero,
porque el segundo, que abraza
los dos, dicen que ha compuesto
don Antonio de Mendoza.
Pintarte estos dos ingenios
era atrevimiento en mí
y no fuera gloria en ellos;
porque son tan conocidos,
que sólo decirte puedo
que, por partir el laurel,
dividieron el Imperio.
Veránla Sus Majestades
dentro de un verde aposento
que forman arcos de flores;
porque fué discreto acuerdo
que todo fuese jardín
adonde todo era cielo.
De cortinas carmesíes
los arcos se cubren dentro;
que para tales retratos
estrellas quisieron serlo.
Tendrán su lugar los Condes
y las damas, previniendo
añadir cuadro al jardín
con diferente pretexto.
Porque en vez de ayudar todo
con tanta fiesta deshecho,
que del jardín, con más flores
que hay en los campos Hibleos

hoy en la Casa del Campo
han visto los jardineros

seis fuentes más, y es la causa
que, con justo sentimiento,
lloró de envidia del Prado,
que aun hay en jardines celos,
diciendo que le bastaba
ser en verano e invierno
ciudad portátil de coches
con inmortales paseos.
Y, afligido, Manzanares,
que le pareció desprecio,
juró que habían de verle
en julio y agosto seco.
Hay para damas tapadas
dos teatros, al de en medio
casi iguales, en que habrá
disfraces de pensamientos.
Por lo alto, como almenas,
del jardín en cinco puestos
previenen músicos voces,
eco el aire, amor, silencio,
porque parezcan en alto,
de verdes olmos cubiertos,
ruiseñores al aurora
que alternan voces y versos.
Hecha la primer comedia,
harán colación, y luego
la comodidad querrá
pedir licencia y consejo
a la autoridad cansada,
y volverán a sus puestos
los Reyes y los Infantes,
con capas de color, ellos,
y la Reina, con valona,
quitándole al sol el cerco,
que es mejor que el de abaninos,
el de diamantes tan bellos.
Las damas lo mismo harán;
aunque, por falta de espejos,
se miren unas en otras,
cristales para de presto.
Traerán valonas y tocas,
mantos de humo y sombreros;
que los humos, de ser soles,
aun allí querrán tenellos.
Dicen que a todos darán
abanillos, y con ellos
abanillos, y con ellos
vaya por agua amor ciego
al llanto de los galanes,
que han de mirar encubiertos
la fiesta, y por ver si amor
descubre también deseos.

Sentados, hará Avendaño
una comedia, que creo
es retrato desta noche,
en cuyo confuso lienzo
tomó Lope la invención,
y se ha estudiado y compuesto
todo junto en cinco días.
Mas ¿para qué me detengo,
sí, alegremente engañado,
de tanta fiesta, no veo
que dejo un amante noble,
como esperando, temiendo
la respuesta que de vos
también en su nombre espero,
que, sin presunción de engaño,
favorable os aconsejo?
Porque no puede hallar Blanca
más honrado caballero;
vos cuñado, amigo yo,
si mañana amanecemos
ella casada, vos libre
deste peso, yo contento
de que servir a los tres
es obligación y es premio.

BERNARDO: A la mucha noticia que tenía,
don Juan, dese gallardo caballero
añade vuestro abono y cortesía
cuanto gozar en la experiencia espero;
daréle a Blanca, que es la prenda mía
de más valor, y, agradecido, quiero
emplear su hermosura en su nobleza,
que la virtud es la mayor riqueza.
Y bien se echa de ver su entendimiento
en no querer más dote que su gusto.

JUAN: Pues yo casar a doña Blanca intento,
fïado estoy en que le viene al justo,
lo menos dije de lo más que siento.

BERNARDO: Fuera en tanta amistad término injusto
no ser don Luis como le habéis pintado.

JUAN: De sus partes estoy bien informado.

BERNARDO: Ya que el caballero la ocasión me ofrece,
de cierta condición quiero advertiros,
con que tendrá don Luis lo que merece
y yo, Don Juan, el gusto de serviros.

JUAN: Decid cuanto sentís, cuanto os parece
de mi proposición.

BERNARDO: Para deciros
con llaneza y verdad mi pensamiento,
como a tan grande amigo, estadme atento.
Muchas fiestas, don Juan, a la Vitoria
he visto entrar el cielo de una dama,
descubriendo su sol manto de gloria

y en nubes de humo la celeste llama;
tanta inquietud ha puesto en mi memoria,
que los amantes de la antigua fama,
aunque fuesen Leandros, aunque Apolos,
sombra no son de mis suspiros solos.
Tal gracia, tal donaire y bizarría,
de tanta honestidad acompañada,
parece que en cuidado puesto había
a la Naturaleza descuidada,
que como tantas cosas juntas cría,
que no se advierte que repara en nada,
aquí tomó de espacio los pinceles,
con puntas de jazmines y claveles.
Cayósele una vez, don Juan, un guante;
alcéle, y con turbada diligencia
volví al marfil el velo, que un diamante
rompió por no sufrir la diferencia;
tomóle agradecida de semblante.
¿Quién ha visto matar con reverencia?
Pues cuando me acerqué y ella la hizo,
en el sol de sus ojos me deshizo.
Este día, atrevido y confïado,
en que mi amor había conocido,
seguí su coche y pregunté a un crïado
su calidad, su casa y su apellido;
al nombre de Leonor Solís y Prado,
que respondió, dejándole florido,
le repliqué con eso, cuando pasa
el sol por el León el mundo abrasa.
Llegué a su calle, y supe que era hermana
de ese don Luis; y así, don Juan, querría
que en estas ferias, que el amor allana,
me dé su hermana y le daré la mía;
con esto queda, en lengua castellana,
hecho el concierto en justa cortesía,
pues en el dote vengo a conformarme,
siendo el que yo le doy el que ha de darme.

JUAN: (¿A quién jamás sucedió **Aparte**
desdicha como la mía,
que yo mismo persuadía
lo mismo que me mató?
¿Que busqué el veneno yo?
¿Que yo mi homicida fuí?
[.....]
¿que yo vine a concertar
en cuánto me ha de matar?
¿Y que las armas les di?
Esto no fue culpa mía,
sino de mi mala estrella;
perdí a Leonor cuando en ella
más esperanza tenía;
fui como aquel que bebía

en fuente donde mortal
ponzoña dejó animal;
que, como estaba sereno,
no pude ver el veneno
en fe de beber cristal.
Fui como rudo villano
que, del nido codicioso
del ruiseñor amoroso,
puso en el áspid la mano;
fui tahur, fuí diestro en vano,
que aunque juegue y acometa,
puntas tire, naipes meta,
el que jugaba con él,
menos sabio y más cruel,
le dio con la misma treta.
¿Qué haré? Pues decir no puedo
a Don Bernardo que adoro
a Leonor, por su decoro
y por tener justo miedo
de su hermano, si bien quedo
sin esperanza; morir
es fuerza, pues a decir
voy que a Bernardo la dé,
si hasta decirlo podré
después de muerto vivir.)

A él

Bernardo, pensando estuve,
después que oí vuestro amor,
si hablar a Blanca es mejor,
que por eso me detuve;
tal respeto siempre tuve
al gusto de las mujeres.
(¡Oh, pobre esperanza, hoy mueres!) **Aparte**

BERNARDO:
Don Juan, gente de valor
para materias de honor
no admite sus pareceres;
que aunque es bueno su consejo,
cuando la ciega pasión
más con la misma razón
que con ellas me aconsejo:
ella es el mejor espejo
a cuyas verdades paso
el parecer deste caso,
y Blanca no ha menester
darme a mí su parecer,
basta saber que la caso.

JUAN:
No más, con eso me voy;
mas bien será que la habléis.

BERNARDO: Luego que os vais.
JUAN: Bien haréis.
(¡Ay, cielos, muriendo estoy!) **Aparte**
Con vos a la tarde soy,
aunque es noche de San Juan;
vos, como amante y galán,
tendréis que hacer.
BERNARDO: No tendré;
sólo esperando estaré
si el bien que pido me dan.

Vase don JUAN. Salen Doña BLANCA, dama y

ANTONIA, criada

BLANCA: Pues, hermano, ¿qué quería
don Juan, que se fue tan presto?
BERNARDO: Dame, Blanca, albricias.
BLANCA: ¿Yo?
¿De qué?
BERNARDO: De dos casamientos.
BLANCA: ¿Dos por lo menos? ¿De quién?
Que tan inquieto te veo
que pienso que te has casado.
BERNARDO: Sí, por eso estoy inquieto;
tú lo estarás por lo mismo;
trocado hermanas habemos
don Luis de Solís y yo;
don Juan ha sido el tercero,
que le debo esta amistad
y este cuidado le debo.
Tú serás de don Luis
y yo de Leonor; no puedo
detenerme, porque voy
a prevenir dos plateros
para darle ricas joyas;
porque, en firmando el concierto,
no me gane por la mano
don Luis, que es gran caballero,
y querrá, con regalarte,
vencer, galán, mi deseo.

Vase

BLANCA: ¿Hase visto igual locura?
Sin duda ha perdido el seso
mi hermano.
ANTONIA: Terrible nueva
ha de ser para don Pedro
el saber que te has casado.
BLANCA: ¿Cómo casado? Primero

perderé, Antonia, mil vidas.

Sale don PEDRO

PEDRO: Estando a tu reja atento
vi que salía tu hermano,
y a pedirte albricias vengo
de que hoy han tenido fin
mis pleitos en el Consejo;
que este gusto, hermosa Blanca,
animó mi atrevimiento
para verte donde sólo
con el pensamiento llego.
Agora sí que pedirte,
Blanca, a don Bernardo puedo,
y, casados, a Navarra,
gustando tú, nos iremos;
que yo sé que ha de agradarte
la hermosura de aquel reino.
Verás a Pamplona, adonde
mi hacienda y mi regimiento
te harán de aquella ciudad,
y por tus méritos, dueño.
¿Qué tristeza es ésta?

BLANCA: Ha sido,
don Pedro, contrario el cielo
a los pleitos de mi amor
cuando propicio a tus pleitos;
hoy mi hermano me ha casado.

PEDRO: Tan presto, Blanca, me has muerto
que parece que traías
el arcabuz en el pecho
y que apuntándome al mío
diste con la lengua fuego.
¿Casada? ¿Con quién?

BLANCA: No sé.
Aquí andaba un caballero
sirviéndome, más preciado
de amante que de discreto.
Tiene una hermana que adora
Bernardo, y han hecho trueco
de damas, como si entrambos
jugaran al mismo juego.
Yo, quiere que a don Luis
(que por extremo aborrezco)
pase, y Leonor a Bernardo.

PEDRO: De esa manera yo pierdo,
y no menos que la vida.

BLANCA: No perderás, si yo puedo.

PEDRO: ¿Pues habrá remedio alguno?

BLANCA: Los jueces son remedio:

que de iguales voluntades
confirman los casamientos.

PEDRO: ¿Cumplirás tú lo que dices?

BLANCA: Rüido siento, y sospecho
que si no es el desposado,
debe de ser el tercero.
Vete, y fía de mi amor,
que no he de tener más dueño
que don Pedro, mientras viva.

PEDRO: Mira que dicen que el viento
lleva palabras y plumas.

BLANCA: Plumas y palabras quiero
que firmen y que confirmen
que ser tu mujer prometo.
Esta es noche de San Juan;
si voy al Prado, está cierto
que los dos iremos juntos
donde quien pudiere hacerlo
nos dé las manos en forma
de promesa y juramento.
No te detengas aquí

PEDRO: Quisiera...

BLANCA: Vete, don Pedro,
que a mi determinación
no quiero agradecimiento,
que te han de faltar palabras;
y basta, que yo le creo.

PEDRO: Bien dices, y pues mi alma
tienes, señora, en tu pecho,
pregúntale allá de espacio
lo que callo y lo que siento.

Vanse. Salen LEONOR, INÉS, y TELLO

LEONOR: Aun no me cabe en el pecho,
tanto bien me ha de matar.

TELLO: También el mar, con ser mar,
es alguna vez estrecho.

LEONOR: ¡Jesús! ¡don Juan mi marido!
¿y con gusto de mi hermano?
Poco estimo el bien que gano,
pues que no pierdo el sentido.
Debe de ser la ocasión.
que como don Juan le tiene,
corre el que de allí me viene
por cuenta de su razón.

INÉS: Y sa mesté, señor Tello,
¿qué es lo que piensa de mí?

TELLO: Que soy tuísimo, y fui
bella Inés, del pie al cabello.
Para servicio de Dios
en casándose don Juan,

y a las Indias, si ellos van,
iremos también los dos.
Verás a Lima, el mejor
fruto de española empresa;
lima, que al rey en la mesa
no se la ponen mejor.
Lima dulce de Filipos,
que no lima de Valencias,
que no le hacen competencias
Nápoles y Pausilipos.
Verás el Cerro, en grandeza
ilustre, aunque dulce y agro,
el gran Potosí, el milagro
mayor de naturaleza.
Cuyas entrañas y centro
son una imagen de plata,
piadosa fuera, e ingrata
a los que la rezan dentro.
Es, por las Indias, el Rey
envidiado de los reyes,
que entre sus bárbaras leyes
conserva de Dios la ley.
En esta tierra tan nueva,
cuyo Dios [es] el oro y plata,
que del mundo en cuanto trata
fueron el Adán y Eva.
Allí las piedras se ven
de tantas minas sacar,
y las perlas en el mar,
blancas y pardas también,
como dicen los poetas,
que son quien las ve nacer.

INÉS: ¿Cierto?

TELLO: Puédeslo creer.

INÉS: ¡Qué mentiras tan discretas!

TELLO: Espántome yo de quien
no sabe que la poesía
es moral filosofía
y que se adorna también,
como de sentencias graves,
de fábulas, cuales son
el Fénix, oposición
del Sol, en drogas suaves.
Dime: ¿quién oyó cantar
al cisne? Pues desa suerte
nacer al alba se advierte

la perla en conchas del mar.
¿Quién sabe que si primero
mira al Basilisco el hombre,
le mata, trocando el nombre?
¿Quién, cuando corre ligero
por el mar un galeón,

la rémora, le detiene?
Pues esto misterio tiene,
hermosura e invención.

INÉS: Calla, que viene don Juan.

Sale don JUAN

LEONOR: Señor mío, yo esperaba
vuestra venida, que estaba
como las perlas están
esperando su rocío;
mas mirad que amanecéis
escuro, y que así pondréis
como el vuestro el color mío.

JUAN: ¡Ay de mí!

LEONOR: ¿Cómo ay de mí?
¡Ay de entrambos, si por dicha
nació de alguna desdicha
que vos suspiréis ansí!

JUAN: Leonor mía, yo os perdí.

LEONOR: ¿Eso cómo puede ser
siendo yo vuestra mujer?

JUAN: Porque jamás vi pesar
que no viniese a pisar
los pasos que da el placer.
Sale el bien, y el mal detrás
va sus estampas siguiendo.

LEONOR: No os entiendo.

JUAN: Ni yo entiendo
que pueda decirte más.
¡Oh contento!, ¿dónde estás?

TELLO: Sin duda algún triste caso
le obliga.

LEONOR: Mil muertes paso.

JUAN: Si el mal te alcanza, ¿a qué vienes
bien? Pero siempre los bienes
fueron muy cortos de paso.

LEONOR: Mil veces queréis matarme
con tan declarada muerte.

JUAN: Es tan escura mi suerte,
que no acierto a declararme.

LEONOR: Mi hermano quiere casarme
con vos. ¿Qué podéis temer?
Vuestra mujer he de ser.

JUAN: ¿Qué importa, Leonor hermosa,
si, para ser envidiosa,
es la fortuna mujer?

LEONOR: Ya no puedo yo sufrillo.

JUAN: Ni yo tan grave tormento,
pues no digo lo que siento
y me muero por decillo.

LEONOR: Ya, don Juan, me maravillo
desos respetos cansados;
decidme vuestros cuidados,
que si son bienes perdidos,
más que mataron sentidos
suelen matar esperados.

JUAN: No sé por dónde, mi bien,
pueda mi mal comenzar.

LEONOR: Por donde suele acabar,
que es saberse mal o bien.

JUAN: Bien dices; pero también
es cosa fuerte, por Dios.

LEONOR: ¿Por qué, sintiéndola vos?
¿Es más que la muerte fuerte?

JUAN: Es más fuerte que la muerte.

LEONOR: Pues matémonos los dos.

JUAN: Yo, sí, con tanto pesar.

TELLO: ¡Inés!

INÉS: ¿Qué quieres decir?

TELLO: Que pienso que han de pedir
el recado de matar.

LEONOR: Mi hermano. . .

JUAN: Aquí es fuerza hablar,
y sabrás males que, iguales,
no lo son los más mortales.

LEONOR: Cruel avariento eres.
¿Qué harás del bien, si aun no quieres
partir conmigo los males?

Sale Don LUIS

LUIS: Don Juan, ¿ha venido ya?

JUAN: Aquí os estaba esperando.

LUIS: Mucho os debo.

JUAN: No, es muy poco.

LUIS: ¿Qué responde don Bernardo?

JUAN: Una cosa bien notable.

LUIS: ¿Cómo?

JUAN: Que está enamorado
de la señora Leonor,
y que así podréis trocaros,
ahorrando el dote, si sois
a un mismo tiempo cuñados.

LUIS: Eso me viene de perlas.

JUAN: Perlas significan llanto.

LUIS: Porque siendo doña Blanca
buena para mí, su hermano
es bueno para Leonor.

JUAN: Y es el argumento claro;
no hay sino trocar hermanas.

A INÉS

TELLO: (No he visto tan mal cruzado
en cuantos bailes se han hecho;
porque le yerran entrambos;
que Leonor quiere a don Juan,
y si en esto no me engaño,
Blanca no quiere a don Luis;
luego no es baile acertado.

INÉS: Muchas melindrosas vemos,
y después todos los años,
paren como unas conejas.

TELLO: Es buen año de gazapos.

INÉS: Lástima tengo a mi ama.

TELLO: Y yo mayor a mi amo,
pues dices que ha de parir
y él ha de morir de parto;
pues partiéndose a Sevilla,
morirá cuando partamos.

INÉS: ¿Cuál hombre murió de amor?

TELLO: De amor, no; mas de hambre tantos
que aun no los mata la muerte,
que ellos se mueren de flacos;
este año no habrá gallinas.

INÉS: ¿Cómo?

TELLO: Porque los salvados
que habían de comer comemos.

INÉS: Ya llueve el cielo milagros.

LUIS: En fin, ¿quedastes en esto?

JUAN: En esto, don Luis, quedamos,
y hoy se harán escrituras.

LUIS: Vuestra tristeza he notado
en que no me habláis con gusto.
¿Qué es la causa? ¿Fáltaos algo?
Mi casa y mi vida es poco
para serviros.

JUAN: Estando
alegre de vuestras bodas,
un pliego, don Luis, me han dado
que me obliga a que me parta
a Sevilla a cierto caso
de importancia, y aun de pena;
sin esto dejo un cuidado
que en este lugar tenía;
que ya como amigo os hablo.

LUIS: Pésame, pues este día
en que os conozco y os trato
os pierdo.

JUAN: No perderéis,
que, a tanto amor obligado,
toda vuestra casa llevo
en el alma.

LUIS: Mucho tardo
en pedirte el parabién.
LEONOR: ¿Qué parabién, si has quebrado
la palabra que me diste
de no casarte hasta tanto
que me casases a mí?
LUIS: Sí la cumplo. ¿En qué te engaño?
A don Bernardo te doy,
con don Bernardo te caso,
don Bernardo es caballero,
don Bernardo es mi cuñado.
¿De qué te quejas, Leonor?
LEONOR: Deja tantos don Bernardos,
que no le querré en mi vida,
si como fue Veinticuatro,
don Bernardo, de Sevilla,
fuera Bernardo del Carpio.
LUIS: ¿Por qué?
LEONOR: Porque no es mi gusto.
LUIS: ¿No es tu gusto? Leonor, paso.
LEONOR: Pues descártate de novio,
y pasemos entrambos
a otra mano nuestros gustos.
LUIS: Tu padre soy.
LEONOR: Ni aun mi hermano.
LUIS: Mira que está aquí don Juan.
LEONOR: Por él lo que siento callo.
LUIS: Presto quedaremos solos,
que andas muy libre.
LEONOR: Yo ando
como debo a quien yo soy.

Vase. Al salir Don JUAN, ásele Doña LEONOR

LUIS: Venid, don Juan.
LEONOR: Oye, ingrato.
JUAN: ¿Ingrato yo?
LEONOR: Sí.
JUAN: ¿Por qué,
si te casas?
LEONOR: ¿Yo me caso?
JUAN: ¿Pues eso quieres negar?
LEONOR: ¿Y puedo yo confesarlo?
JUAN: Mira que se va don Luis
y vuelve de cuando en cuando
la cabeza a ver si voy.
LEONOR: ¿Qué importa?
JUAN: ¿Estás loca?
LEONOR: Y tanto,
que le diré que por ti,
si te vas.

JUAN: No hay desengaño
para consolar mi amor.
Ya vuelve, suéltame.
LEONOR: Aguardo
a que me mate.
JUAN: Yo juro
de no irme.
LEONOR: ¡Ay, hombres falsos!
TELLO: Inés, adiós.
INÉS: ¿Lloras?
TELLO: No.
INÉS: ¿Pues que?
TELLO: Tomaba tabaco.

Vanse

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salen Doña BLANCA y ANTONIA

BLANCA: Largo día.
ANTONIA: Temerario.
BLANCA: Nunca le he visto mayor.
ANTONIA: Es, en secretos de amor,
la luz el mayor contrario.
BLANCA: ¡Ay, noche, que siempre en ti
libra amor sus esperanzas,
corre, que si no le alcanzas
no queda remedio en mí!
Apresura el negro coche
donde las mías están,
ya que fuiste de San Juan,
que es la más pública noche.
De Europa, en el mar te baña
sobre el amoroso toro,
y ven con máscara de oro
desde las Indias a España.
Si, coronada de rosas,
esperan otros amantes
la aurora, yo los diamantes
de tus alas perezosas.
Despierta, noche, que estoy
sin vida por ti. ¿Qué aguardas?
Pero tanto más te tardas
cuanto más voces te doy.
ANTONIA: Haste aliñado tan presto,
que has hecho mayor el día.
BLANCA: Previene amor la osadía,
y él me ha vestido y compuesto;
que ya mi hermano ha sabido
que quiero salir al Prado,
porque con esto, engañado,
no repare en el vestido.
¿Has avisado al cochero?
ANTONIA: ¿A las cuatro de la tarde
le he de avisar?
BLANCA: ¡Qué cobarde
me entretiene el bien que espero!
Todo pienso que ha de ser
estorbo a mi pretensión.
ANTONIA: La misma imaginación
no te deja entretener.
Suspende sólo un momento

al pensamiento el cuidado.

BLANCA: Ya pienso, y lo que he pensado
es el mismo pensamiento.
¿Aguardaré desta suerte
a don Pedro?

ANTONIA: Tal estás,
que, con ser mujer, me das
mis ansias de hablarte y verte.

BLANCA: ¿Tendrá mi propio cuidado
don Pedro?

ANTONIA: En la calle está.

BLANCA: ¿Podrá verme?

ANTONIA: Bien podrá;
pero no será acertado.

BLANCA: ¿Si vio hacer las escrituras?

ANTONIA: Todo pienso que lo vio.

BLANCA: ¿Y quieres que tenga yo
mis esperanzas seguras?
Yo muero, y la noche duerme,
¡ay de mí!

ANTONIA: Sosiega un poco.

BLANCA: Mejor podrá mi amor loco
matarme que entretenerme.

ANTONIA: Toma un libro que hay aquí
de comedias.

BLANCA: ¿Para qué?
Pues si es de amores, yo sé
que él puede buscarla en mí.
¿No has visto aquellos afectos
tan vivos de dos amantes?
Pues di a los representantes
que vengan a hurtarme afectos.

ANTONIA: A lo menos tú pudieras
imitar sus relaciones
con que tus locas pasiones,
amorosa, entretuvieras.

BLANCA: Bien dices, y tú serás
la criada de la dama.

ANTONIA: Di, que ya el vulgo te aclama,
si acción a los versos das.
porque en muchas ocasiones
que prevenirle pretende,
celebra lo que no entiende
no más de por las acciones.

BLANCA: Una mañana de abril,
cuando nueva sangre cobra
cuanto en tierra, en aire, en agua
o corre, o vuela, o se moja;
cuando por los secos ramos
nuevo humor pimpollos brota,
en cuyas pequeñas cunas

están los frutos sin forma;
cuando filomenas dulces
cantan, y piensan que lloran,
haciendo músicos libros
de los álamos las copas
con achaques del color
(invención de gente moza,
que contra el recogimiento
tal vez por remedio toma)
bajé a la Casa del Campo,
cuando la celeste concha,
abierto el dorado nácar
flores bañaba en aljófar.
Llevaba por compañía
esas dos esclavas solas,
que por el color pudieran
servir para el sol de sombra.
Tuve licencia de entrar,
y entre los cuadros que a Flora
viste de tomillo el arte
lazos de sus verdes orlas,
anduve mirando fuentes
que despeñadas se arrojan
de la altura en que se crían
a lo llano, en que se postran.
Las nuevas rosas cogía
de las ramas espinosas
tan doncellas, que aun guardaban
la clausura de las hojas.
Las que mostraban color
abríalas con la boca,
trocando aliento con ellas
por quedarme con la copia.
Miraba otra vez atenta
aquella estatua famosa
del nieto de Carlos Quinto,
que ya los cielos coronan;
padre de nuestro divino
monarca y señor, que adoran
dos mundos, por quien España
tantas esperanzas logra,
y aquel valiente caballo,
que renueva la memoria
del que llevaron los griegos
fatal engaño de Troya,
tan vivo, que imaginaba
que escuchara temerosa
los relinchos por Atlante
de tanta grandeza heroica.
Un obelisco de mármol
no lejos, por unas diosas
y sátiros vierte plata

sobre las inquietas ondas.
Hay unos olmos enfrente,
que de yedras trepadoras
han hecho eternos vestidos,
galas de su verde pompa.
Allí me senté cansada,
cuando por la senda propia
vino don Pedro a matarme,
que yo no pienso otra cosa.
Mira tú si son estrellas
las que las almas provocan;
pues se me turbó la mía
con unas nuevas congojas.
Aquí puedes tú pensar
qué palabras, qué lisonjas
me diría, cuando a un hombre
la soledad ocasiona.
Allí entró por las esclavas,
esto del sol y la sombra,
y que tras la noche negra
venía la blanca aurora.
Que era yo la primavera,
y que presidiendo a todas
las flores, las repartía
colores blancas y rojas.
Oíle, y vi ser verdad,
que no importa que la honra
sea diamante, cuando hay cera
por donde ternezas oiga.
Como si le hubiera visto
y concertado las horas
que había de estar allí,
hace que a los pies me pongan
una toalla, dos cajas,
ésta azahar, aquélla alcorzas.
Y muy hallado conmigo,
suena la música ronca
en un cubo que traía
su poco de cantimplora
(y de plata, por lo menos).
Y quitándole a una bota,
de aquello que a un hombre afrenta
una torneada gorra,
enjuaga un criado aprisa
una cristalina copa
y me brinda el tal galán,
como si fuera su novia.
Para este brindis había
una colorada lonja,
por quien Garrobillas hace
que gasten tantas arrobas.
Yo atónita del suceso

y del hombre estaba absorta,
y comiendo por los ojos,
aun no acertaba a la boca.
Acabóse aquesta fiesta
y comenzamos por otra,
que fue pedirme una mano.
(Tengo por cosa notoria
que compañeros de mesa
luego apelan a las bodas.)
Allí le dije quién era,
y él, la cara vergonzosa,
retira la mano al pecho
y el pensamiento reporta.
Pidióme perdón, humilde,
y perdonéle, amorosa;
que quien ofensas desea,
a pocos ruegos perdona.
Y en tanto que los criados
(hallados ya con las moras,
que, al ejemplo de los dueños,
fácilmente se conforman)
de segunda mesa estaban
atentos a lo que sobra,
presumiendo que tenían
para su señor señora.
Con notable cortesía,
me contó de su persona
y casa, bien cuerdamente,
una bien trazada historia.
Allí supe de sus pleitos,
que no era jornada ociosa
supe su nombre, y su patria
que era, en Navarra, Pamplona.
Con esto se iba encendiendo
del sol la dorada antorcha;
con que me volví a la villa,
y él de mi casa se informa,
donde papeles, deseos
y terceras amorosas
de mi voluntad le dieron
la merecida victoria.
Tú sabes ya lo demás.
Este fué el principio, Antonia,
deste suceso, a quien ya
sólo para ser su esposa
me falta que aquesta noche
sus estrellas me socorran.
Y no más, porque mi hermano
de ver su cuñado torna.
Amor, si eres dios, ¿qué esperas?
Así olorosos aromas
te sacrifiquen amantes

que favorezcas ahora
mi pretensión, pues es justa,
para que yo reconozca
que remuneras las penas

con las merecidas glorias.

Sale don BERNARDO

BERNARDO: En el hábito en que estás
y en la corta bizarría
echo de ver, Blanca mía,
que esta noche al campo vas.
¿Quieres hacerme un placer,
pues que yo te dejo ir?
BLANCA: ¿En qué te puedo servir?
BERNARDO: Merced me puedes hacer.
Vete en cas de mi Leonor,
pues que ya somos hermanos,
y besarásle las manos;
paga, que es justo su amor;
y las dos os podréis ir
juntas esta noche al Prado.
BLANCA: Tú verás con el cuidado
que yo la voy a servir.
BERNARDO: Yo te daré que la lleves,
como que es tuya, una joya.
BLANCA: ¡Bravo amor!
BERNARDO: ¡Ardese Troya!
muestra el amor que me debes.
BLANCA: ¿Dónde está la joya?
BERNARDO: Ven
y escoge de las que traigo.
BLANCA: ¿Tú liberal? Mas ya caigo,
Bernardo, en que quieres bien.
(Los cielos me dan favor **Aparte**
contra el mayor enemigo.
BERNARDO: ¡Qué murmuras, Blanca?
BLANCA: Digo
que es muy hermosa Leonor.
BERNARDO: Dila mil cosas de mí,
que quiero que la enamores.
BLANCA: Toda esta noche es de amores.
¡Oh, si amaneciese ansí!

Vanse. Salen Doña LEONOR e INÉS

LEONOR: No trates de consolarme,
que es consolarme ofenderme.
INÉS: ¿Adónde vas?
LEONOR: A perderme.
INÉS: ¿Qué piensas hacer?

LEONOR: Matarme;
que no puede remediarme
sino la muerte en tan fuerte
desdicha.
INÉS: Señora, advierte. . .
LEONOR: No tienes que me advertir,
que el más penoso morir
es dilatando la muerte.
¡Ausentarse nos bastaba
don Juan, que es luz de mis ojos,
sin añadir los enojos
de una violencia tan brava!
Si mi hermano se casaba,
¿por qué me casaba a mí?
Pero si a don Juan perdí,
saldrá don Luis con matarme,
mas no saldrá con casarme,
puesto que haya dado el sí.
Cánsese en locos intentos,
más que el mar deshace espumas,
que dagas no son las plumas
que firman los casamientos;
antes son los fundamentos,
cuando no los junta amor,
para apartarlos mejor;
y esto de daga de hermano
es tempestad de verano:
poco rayo y gran temor.
INÉS: ¿De qué te espantas que huya
de verte casar don Juan,
puesto que tan cerca están
de que todo se concluya?
LEONOR: A ser firmeza la suya,
él viera que no podía
vencer la muerte a la mía;
mas como no la hay en él,
por no matarme cruel,
inconstante se desvía.

Sale TELLO, de camino

INÉS: ¿Quién viene aquí?
TELLO: ¿No lo ves?
INÉS: ¿Es Tello?
TELLO: Linda razón,
Echame la bendición
y dame, Leonor, los pies.
LEONOR: ¿Qué es esto?
TELLO: Partir, Señora.
LEONOR: ¿Partir? ¿Con tal brevedad?
No tiene de sí piedad,
Tello, quien se aparte agora,

pues víspera de San Juan.

TELLO: Somos de Mantua marqueses,
que por los ríos franceses
la caza buscando van.
Los tiempos son calurosos;
pienso que Sierra Morena
nos ha de dar mala cena,
aunque hay conejos famosos;
si bien no tienen igual
con el Parque de Madrid.

LEONOR: Partid, ingratos, partid,
para qué dejéis mortal
una mujer que engañastes.

TELLO: ¿Yo, señora?

LEONOR: Sí, los dos;
que habéis de dar cuenta a Dios
del daño que me causastes.

TELLO: De Inés vaya, mas ¿de ti?

LEONOR: Tú, traidor, fuiste el primero
pintándome caballero
a un ladrón.

TELLO: ¿Ladrón?

LEONOR: Sí.

TELLO: ¿Sí?
Antes hasta el nombre tiene
hurtado.

LEONOR: Eso digo yo;
que quien hasta el nombre hurtó
este nombre le conviene.

TELLO: Pues yo tengo imaginado
que fuera, Leonor discreta,
mejor para ser poeta,
porque fuera todo hurtado.
Mas sé, que si visto hubieras
lo que este pobre ha pasado,
que restituyó lo hurtado,
y aun lo por hurtar, dijeras.
Ha hecho cosas crueles
consigo, y tanto lloró,
que pienso que jabonó
con lágrimas tus papeles.
No ha comido ni he podido
hacer que tome un bizcocho;
que hoy, Leonor, desde las ocho
ayuna al partir Cupido.
Allá, con razones tibias,
dice que muere en tu fe,
por más que le prediqué
en un púlpito de Esquivias.
Cuando vió traer las mulas,
campanillas de un ausente
(no sé cómo este accidente

sin lágrimas disimulas),
la manga desabotona
del jubón y rompe aprisa
la trenza de la camisa.
No de romana matrona,
sino de Scévola brazo,
toma un cuchillo; yo corro
al socorro, y el socorro
se me volvió puntillazo,
con que dando en un baúl
en esta pierna, al contrario,
un hábito trinitario
traigo entre rojo y azul.
Luego, por huir, topé
con la esquina de un bufete,
que es bufón que se entremete,
o golpe o estorbo fué,
y metióme en la barriga
la esquina de tal manera,
que dando pasos afuera
anduve de viga en viga,
hasta que di sobre un arca,
adonde sin ser yo mona,
haciéndome de corona
vine a quedar por monarca.

LEONOR: Y el cuchillo, ¿en qué paró?

TELLO: Que, sin mandarlo Avicena,
del corazón en la vena
con la punta se picó.
Mojó en la sangre una pluma,
y apercibiendo papel,
escribió con ella en él
de sus desdichas la suma.
Pelícano, en fin, Leonor,
si no cernícalo, ha sido,
que estoy, por mal prevenido,
baldado de cazador.

LEONOR: Muestra, aquí dice: "Estas son
hoy de mi fe las postreras
reliquias." Alma, ¿qué esperas?
Voy a echarme del balcón.

INÉS: ¿Señora?

TELLO: ¡Señora!

INÉS: Tente.

TELLO: Detente.

INÉS: ¿Estás loca?

LEONOR: Sí.
Mataréme desde aquí
luego que don Juan se ausente.
Por eso dile que venga
a verme, o que muerta soy.

TELLO: Espera, yo iré, ya voy.

LEONOR: Pues venga, y no se detenga,
que si en la mula le veo,
me arrojaré del balcón.
TELLO: Caerás en el pozo airón.
LEONOR: ¿Qué infierno como un deseo?
TELLO: ¡Oh, Hero, de gran valor!
¡Oh Leandro, que nadando

vas en una mula, cuando
navegas el mar de amor! (Vase.)
INÉS: Impertinente has estado
en este necio coloquio.
LEONOR: Pues escucha un soliloquio,
de mis desdichas traslado.
INÉS: No, por Dios, que son efetos
de menos satisfacción
y quitarás de invención
lo que gastes de concetos.
Poco más o menos, sé
cuanto me puedes decir.

Salen Don JUAN, de camino, y TELLO

JUAN: ¿Que no me puedo partir?
TELLO: Ya no es posible.
JUAN: ¿Por qué?

LEONOR: ¡Jesús! ¿don Juan de camino?
INÉS: Desmayóse.
TELLO: Llega presto.
JUAN: Buenas andan mis desdichas,
buenos van mis pensamientos.
¡Leonor!, ¡ah, Leonor!
TELLO: Murióse.
JUAN: ¿Cómo murióse? En los cielos
(si hay soplo que a tanto baste)
se morirá el sol primero.
Aquí, estrellas, que se eclipsa
la luna deste hemisferio.
Si soy la tierra, ¡ay de mí!,
que vine a ponerme en medio.
Aquí, celestiales luces,
hermoso planeta Venus,
que no habrá amor en el mundo
y será su fin más presto.
Aquí, polos, que tenéis
de los cielos el gobierno,
diamantes desenclavados
de aquellos dorados techos.
Primavera, que se mueren
las rosas, acudid presto.
Campos, mirad que os espera
un luto de eterno invierno.

Excelsos montes de nieve
ésta falta en vuestros puertos,
¡adónde iréis por blancura
que encubra vuestros defetos?
Dadme esas manos, mi bien,
¡es posible, hermoso hielo,
que no te despierta Fénix,
el sol de mi ardiente fuego?

¡Ay, elementos, haced
llanto! El aire, por su aliento
aromático; las aguas,
por el cristal de su pecho;
la tierra, por tantas flores,
y por tanta luz, el fuego.
Ea, ¿qué aguardáis? Venid,
sol, estrellas, luna, Venus,
polos, montes, nieves, campos,
agua, fuego tierra y vientos.
Pues esto sufrís, cielos,
ya el mundo se acabó, su sol se ha muerto.

TELLO: Nunca te he visto ensartar,
con relámpagos y truenos,
tantos desatinos juntos.

JUAN: Pues ¿qué quieres, si no veo
señal de cielo en sus ojos,
señal de azahar en su aliento?
Oh, nunca pasara el mar,
o al través diera mi leño
en la canal de Bahama;
fuérase a pique hasta el centro
el navío en que venimos
sepultara el mar mi cuerpo.

TELLO: ¿Y qué hicieran a Leonor
los demás que estaban dentro,
viniendo a lograr a España
sus trabajos y sus pesos?
¡Por Dios, que había de pedir
prestada para aquel tiempo
su ballena al buen Madrid
para meterme en su pecho!

JUAN: Quéjate, España, de mí,
que a Colón he sido opuesto;
que él trujo a España las Indias
y yo sin Indias la dejo.
Aquí la plata y el oro,
para siempre se perdieron,
las piedras y los diamantes.

TELLO: Ea, di que marineros
y maestros y pilotos
aprendan oficios nuevos;
que buenas quedan las Indias,
si quedan, por tus enredos,

sin Cerro de Potosí,
que vale infinitos pesos.

JUAN: Tello, yo no quiero vida;
yo no quiero vida, Tello.

TELLO: Pues, ¿quién te ruega con ello?

JUAN: Ya no me queda remedio.
Pues esto sufrís, cielos,
ya el mundo se acabó, su sol se ha muerto.

LEONOR vuelve en sí

LEONOR: ¿Qué es esto, Inés? ¿Quién da voces?

INÉS: Albricias, señor, que ha vuelto
del desmayo.

JUAN: ¡Leonor mía!

LEONOR: ¿Quién me llama?

JUAN: Ya volvieron
el sol, la aurora, y el día,
cielos, a su ser primero.

LEONOR: Atenta, cruel don Juan,
a tus engaños, que han hecho
sirenas del mar de amor
mis desdichas y tu ingenio;
no te quise interrumpir,
por ver si en tantos enredos
hallaba alguna verdad,
de tu sentimiento ejemplo.
Pero si alguna lo ha sido,
¿qué furia, qué movimiento
de tu condición mudable
te lleva a matarme, haciendo
culpa la firmeza en mí
con que te adoro y respeto?
Que quien los respetos culpa,
no quiere estimar los yerros,
porque temerá que se hagan
quien se ha de obligar con ellos.
No es culpa la que procede
de la fuerza, ni yo tengo
más ley que tu voluntad,
más fe que tu pensamiento.
Dime tú, pues que de mí
te dió el cielo el mero imperio:
"Leonor, en esta desdicha
este remedio tenemos";
que si fuere atropellar
vida, honor, hermanos, deudos,
patria, y aun alma, aquí estoy.

JUAN: ¿Es eso cierto?

LEONOR: Y tan cierto
que no hay a la ejecución
un átomo solo en medio.

Pues dame esa mano, y vamos
donde firme juramento
para siempre nos obligue,
que ya con su manto negro
nos viene a cubrir la noche,
y sin ser vistos podremos
salir, llegar y jurar;
que depositada luego,
en voluntades conformes,
¿qué importan fuerzas ni pleitos?

LEONOR: Inés, toma tú mis joyas,
y cuando aquí vuelva Tello
venid entrambos adonde
él te enseñe y yo te espero.
¿Es amor esta locura?
¿Es lealtad este deseo?
¿Es verdad esta fineza?

JUAN: Tú, como del alma dueño,
te responde. Tello, vamos,
que esta noche por lo menos
sí se alabare del hurto,
no del prestado silencio,
que entre tanta gente y voces
seguros, señora, iremos,
que lo que suele estorbar,
sirve agora de remedio.
Si dejar por su marido
casa y padre es ley del cielo,
¿a quién ofendo en dejarlo,
pues hoy al cielo obedezco?

Vanse los dos

TELLO: Plegue a Dios que no tengamos
mal San Juan.

INÉS: ¡Ay, Tello, temo
la condición de su hermano;
que ser don Juan caballero
de tanto valor, no importa,
pues con este casamiento
el de Blanca queda en blanco;
fuera de no ser bien hecho
sacarle su hermana ansí.

TELLO: No quiso hablar mi escarmiento;
que si por lo del cuchillo
me vi entre sus manos muerto,
con esta ocasión ¿qué hiciera?
¡Oh, amantes!: ¿Qué atrevimiento
perdona vuestra locura?
Voy a seguirlos, que pienso
que habrá menester las manos.

INÉS: Yo, Tello, entretanto, quiero

sacar joyas y vestidos.

TELLO: Yo vendré por ti y por ellos.

Vase TELLO. Sale Don LUIS dirigiéndose a alguien dentro

LUIS: Di, Fernando, a Marcial que saque el coche
porque es breve la noche,
y la puedan gozar en Soto o Prado.

INÉS: (Don Luis es éste; toda me ha turbado.) **Aparte**

LUIS: Inés, ¿adónde está Leonor, mi hermana?
Que querría que fuese por mi esposa
para que juntas esta noche hermosa
(pues hace competencia al mejor día)
comenzasen tan dulce compañía
en músicas, en álamos y en fuentes.

INÉS: No habéis estado en eso diferentes,
que ya, señor, tu pensamiento hurtado
por ella fué para llevarla al Prado.

LUIS: ¡Oh qué placer me ha hecho, al fin discreta!
¿Qué paz puedo esperar que no prometa
anticiparse a visitar a Blanca?
Hoy le pienso añadir, con mano franca,
dos mil escudos más.

INÉS: Eres gallardo.

LUIS: Dile, si aquí viniere don Bernardo,
que ella y Leonor al Prado juntas fueron,
pues tengo por sin duda que se vieron.

Vanse, y salen don JUAN, TELLO y LEONOR, ella con capotillo, sombrero y enaguas

JUAN: No fue Paris más contento
a embarcarse para Troya
con aquella griega joya
que yo contigo me siento,
ni de aquel robo violento
de Briseida y Hesión,
Aquiles y Telamón,
ni Neso con Deyanira,
ni con Medea Jasón.
Que aunque la gloria de verte
en mi poder es tan alta,
que solamente le falta,
bella Leonor, merecerte,
pudiera, a no ser tan fuerte
de tu afición el valor,
que se atreviera al honor;
mas llegar una mujer
a no tener que temer,
pasa a cuanto puede amor.
Sólo me ha causado pena

la confusión de la gente
atrevida e insolente,
que por todas partes suena.
La plaza de luces llena,
¿cómo estará sin testigo
donde lo es el más amigo?
No sé qué calle seguir;
que mal me puedo encubrir
llevando mi sol conmigo.

LEONOR: Aunque pretende el temor
vencer la dulce osadía
de mi amor, con más porfía
vuelve a la batalla amor.
Ya no temo su rigor,
porque llegar a temer
era dejar de querer,
y no quiero yo dejar
de quererte por hallar
disculpa de ser mujer.
Toda nuestra cobardía
hasta los peligros es,
teme el ser; pero después
se convierte en valentía
en la primer osadía
de una mujer que hoy lloramos,
culpadas todas estamos
mas cuantas después nacimos,
aquel daño que os hicimos
con estos yerros pagamos.
El que yo contigo espero
como castigo me alcanza,
que nos queréis por venganza
de aquel engaño primero;
pero yo, don Juan, te quiero
(con ánimo de perder
la vida) tanto, que el ser
en hombre viene a mudarse,
porque hasta determinarse
es una mujer mujer.

TELLO: En vano el tiempo gastáis
donde el peligro os avisa
que en el espacio a la prisa
vuestro remedio libráis;
ya que en la estacada estáis,
vencer importa el morir.

JUAN: Cuanto me puedes decir,
Leonor, de tus obras creo.

TELLO: Por esta calle es rodeo,
por ésta podemos ir.

JUAN: Yo pienso que favorece
la confusión nuestro engaño.

LEONOR: Sólo el conocerme es daño,

que en tanto bien me entristece.

JUAN: Tanto el alboroto crece,
que ya parece locura.

TELLO: Por eso mismo procura
tanta dama, tanto coche,
hacer que tenga esta noche
por variedad hermosura.

Tres mozos con capas de color, broqueles y espadas:
OCTAVIO, MENDOZA, y CELIO

OCTAVIO: ¡Bravo altar!

MENDOZA: Es muy Bautista
aquella dama, aunque pasa
no por desierto su casa,
según cierto coronista.

CELIO: La oración, desa manera,
no será para casarse.

OCTAVIO: ¿No es linda?

MENDOZA: Con enmoñarse,
siendo otoño es primavera.

CELIO: El vestido mucho ayuda.

MENDOZA: ¿Nunca se ha de desnudar?
¿Ha la de andar a buscar
el galán si se desnuda?

OCTAVIO: Notable pontifical
en esta edad viene a ser
un vestido de mujer.

CELIO:
para chapines y randas,
pero todo lo merecen.

MENDOZA: Brava guerra nos ofrecen
con las celadas y bandas.

OCTAVIO: Allí va cierto gazmonio
con su servicio.

CELIO: ¿De quién?

OCTAVIO: Del diablo.

CELIO: Tratalde bien,
que puede ser matrimonio.

MENDOZA: ¿Ah, señor, el de la ninfa?
¿es de Esgueva o Manzanares?

JUAN: Calla, Tello, y no respondas.

TELLO: No tendrá paciencia un ángel.

CELIO: ¿Es alquilada o es propia?

OCTAVIO: ¿Dónde la lleva el bergante?

MENDOZA: ¿Cómo no lleva tendidos
los cabellos virginales?
Que crecen mucho esta noche,
según los viejos romances.

OCTAVIO: No es de mal monte la leña,
pues entre dos se reparte.

CELIO: ¡Cómo calla el socarrón!
MENDOZA: ¿Qué os espantáis de que calle,
si está enseñado a callar?
TELLO: ¿Esto quieres tú que pase?
JUAN: Calla, Tello.
TELLO: Ya no puedo.
Pícaros, si ya vinagres
salís de alguna despensa,
cueros vivos, hombres zaques,
oliendo a tabaco el alma
y las narices a parches,
¡por vida del rey de espadas,
que si saco la de Juanes
que ese quedará con vida,
que huya y que no le alcance!
OCTAVIO: ¡Oh, qué gracioso mandicho
es el que la lleva y trae!
JUAN: Tello, ¿estás loco?
TELLO: ¿Esto sufres?
¡Afuera!
JUAN: Voy a ayudarle.
LEONOR: Detente, don Juan, detente.
JUAN: Déjame, por Dios. ¡Cobardes,
haced como habláis!
OCTAVIO: Justicia
viene.
JUAN: ¿Ya buscáis achaques?
LEONOR: Triste de mí, qué he de hacer?
¿Hay desdicha más notable?
Si me conocen, soy muerta;
quiero en esta casa entrarme.

Salen ALGUACILES y gente

ALGUACIL: ¡Téngase al rey!
JUAN: Los que huyen
se tengan, que es gente infame;
que yo soy un caballero
que estoy a negocios graves
en la corte, y me quisieron,
con palabras arrogantes,
afrentar sin darles causa.
ALGUACIL:
TELLO: Soy platicante
de caballero, que ha poco
que navega en estos mares,
¿Salté manda en qué le sirva?
ALGUACIL: Vengan los dos a la cárcel.
TELLO: ¿Cómo a la cárcel?
JUAN: (No veo **Aparte**
a Leonor.)
TELLO: ¿Salté no sabe

que es aquesta noche libre?

ALGUACIL: Allí va el señor Alcalde;
vengan y hablarán con él.

JUAN: Vamos, que yo quiero hablarle,
y sabrán vuesas mercedes
la mucha que a mí me hace.

ALGUACIL: Vengan por aquí.

JUAN: (¡Ay, Leonor! **Aparte**
Luego volveré a buscarte,
si no es tanta mi desdicha
que me detenga o me mate.)

Cuando los van llevando sale Don PEDRO y dice a uno dellos

PEDRO: ¡Ah, caballero, qué es esto?

ESCRIBANO: Cuchilladas, disparates
de esta noche.

PEDRO: ¡Era a mi puerta!

ESCRIBANO: ¿Mandáis más?

PEDRO: Que Dios os guarde.

Cansado de esperarte,
hermosa Blanca, de tu calle vengo,
y no pudiendo hallarte,
apenas alma ni esperanza tengo.
¡Ay Dios! si te ha forzado
tu hermano al casamiento concertado?
Es este pensamiento,
forzado soy a despedir la vida,
que si del casamiento
cumpliste la escritura prometida
y a la mía faltaste,
al umbral de la muerte me dejaste.
Música y grita suena;
todos se alegran, todos son dichosos;
yo, sólo, en tanta pena,
no puedo alzar los ojos envidiosos;
que no hay mayor desdicha
que no tener entre dichosos dicha.

Salen con guitarras y sonajas y canten así:

MUSICA: "Salen de Sanlúcar,
rompiendo el agua,
a la Torre del Oro
barcos de plata.
Verdes tienes los ojos,
niña, los jueves,
que si fueran azules,
no fueran verdes.
Salen de Valencia,

noche de San Juan,
dos pescadas saladas
al fresco del mar."

Éntrense en grito y regocijo, y diga Don PEDRO

PEDRO: Envidio el contento y gusto
con que estos cantando van.
¿Que en la noche de San Juan

sólo yo tenga disgusto?
Yo sólo, amor, siempre injusto,
por tus mudanzas indigno
de tener nombre divino,
dudoso entre el bien y el mal,
del contento general
soy en Madrid peregrino.
Ya no tengo qué esperar,
que en esta nueva mudanza
aun no quiere la esperanza
acompañar mi pesar.
Ya quiere el alba llorar,
pues ¿qué quieren mis desvelos?
Ya sus cristalinos hielos
ensartan perlas en flores,
o los fingen mis temores,
que vuelven los cielos celos.
Quiero en mi posada entrar,
aunque sé que no a dormir;
que no haré poco en vivir
si Blanca se ha de casar.
Aquí siento suspirar;
parece en la voz mujer.
¿Si ella vino? Puede ser
que me aguarde con temor.
La honra te vuelvo, amor,
y conozco tu poder.

¿Eres tú, mi bien? Pues calla,
no debe de ser. ¿Quién va?
LEONOR: Una mujer.
PEDRO: Ella es.
¿Ha mucho, mi bien, que estás
esperándome? Perdona,
que con amor pude errar
en ir a buscarte. Dame
los brazos, y entre, que ya
mi casa te espera, dueño.
LEONOR: Y yo estaba, de esperar,
sin vida, Teneos, ¡ay, Dios!,
que ni soy la que esperáis
ni vos sois lo que yo espero.

PEDRO: Decís muy bien: perdonad.
¿Pero cómo estáis aquí?
Que he venido a recelar
que alguna traición me han hecho.
LEONOR: Advertid que os engañáis.
Bien podéis estar seguro
que una airada tempestad
de desdichas me ha traído.
No puedo deciros más.
PEDRO: ¿Quién está con vos?
LEONOR: Si digo,
señor, quién conmigo está,
no es mucho que imaginéis
el peligro que ignoráis;
porque son tantos mis males,
que por ventura podrán
invisibles basiliscos,
sólo mirando matar.
Huid de verme y de hablarme,
que son veneno mortal
los males que fueron bienes.
PEDRO: Dejad los ojos, y hablad.
LEONOR: Quieren divertir mi pena
con hablar y con llorar,
cual a gusano de seda
en truenos de tempestad,
hacen al alma ruido
porque no sienta mi mal.
Con un caballero, a quien
debo honesta voluntad,
iba de la mano. ¡Ay, triste,
cómo es imposible hallar
a contradicción divina
humana seguridad!
¡Qué fiesta habrá sin desdicha!
¡Qué contento sin azar!
¡Qué gusto sin su enemigo!
¡Qué bien sin dificultad!
Criado y señor parecen,
juntos siempre, el bien y el mal.
Nunca el bien delante viene
sin venir el mal detrás.
Acuchilláronle aquí,
pienso que muerto le habrán
unos hombres que tenían
por alma su necedad.
Es privilegio del vulgo,
en estando junto, hablar
con libertad, e imposible
castigar su libertad.
Aquí me entré de temor,
y cansada de esperar

lloré perderle y perderme,
porque todo ha sido igual.
Pues en el talle y el traje
ser caballero mostráis,
amparad una mujer,
ya por ser este lugar
donde la halláis vuestra casa,
ya porque obligado estáis
a vuestro respeto mismo,
que no le podéis negar,
a título de ser noble,
la obligación natural.

PEDRO: Extraña desdicha ha sido
la vuestra; mas puede os dar
consuelo que no es la mía
a la vuestra desigual.
A nuestros perdidos dueños
podemos los dos llorar,
el mío, porque no viene,
y el vuestro, porque se va.
Yo vi llevar unos hombres
presos; pienso que serán
los que decís; buenos iban,
bien os podéis sosegar.
Sólo de vos saber quiero
el consejo que tomáis
para que pueda serviros,
que vuestro término da,
traje y discreción, indicios
de ser mujer principal.
Mirad si os está mejor
que a vuestra casa volváis,
o queréis que venga el día
si tenéis peligro allá;
pues no es posible que tarde,
que ya parece que dan
de la risa del aurora
aquellas nubes señal.
Y parece que los montes
lo verde argentando están
por la espalda de la noche
líneas de plata oriental.
Aquí tendréis aposento,
criadas honradas hay;
mozo soy, no soy casado,
no habrá celos, no temáis;
aun no he vendido lo libre,
si bien lo quise emplear
en este bien que me falta.
Dios sabe si volverá.
Yo iré a la cárcel mañana
a saber de ese galán,

tan dichoso como yo,
si perdió lo que lloráis;
que por la misma fortuna
bien nos podemos juntar,
pues caminos y desdichas
siempre hicieron amistad.

LEONOR: Aquí será bien quedarme,
si vos licencia me dais,
hasta que sepáis mañana
si fué mi temor verdad.
Que cuando sepáis quién soy,
mi nombre y mi calidad
(que agora es fuerza encubriros),
yo sé que no os pesará
de haberme dado favor

PEDRO: Bastantes indicios dais.
Caballero soy, segura
vuestro honor podéis fiar
de mi nobleza y mi celo.

LEONOR: Conozco la voluntad
con que ayudáis mi fortuna
y mi temor animáis.

PEDRO: Extrañas cosas suceden
una noche de San Juan.

LEONOR: (¡Ay, don Juan!) **Aparte**

PEDRO: (¡Ay, Blanca! ¡Ay, cielos! **Aparte**
¿Cómo es posible esperar
que amanezca con más bien
quien anochece tan mal?)

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

Salen Don JUAN y TELLO con las espadas en las manos

JUAN: ¿Qué no podrá el dinero?
TELLO: Gran fuerza tiene el oro.
JUAN: Es caballero.
TELLO: Y hijo de buen padre,
pues que le engendra el sol; que humilde madre
nunca fué de importancia.
JUAN: Toda aquella arrogancia
templaron veinte escudos.
TELLO: Buenos amigos son, negocian mudos.
Qué mal San Juan tuviera estando preso
y de Leonor temiendo un mal suceso.
TELLO: Aun no sabes lo que es en una estufa
pulgas de por San Juan; no hay catalufa
como ponen un cuerpo desdichado
todo de tomadillos perfilado;
pues chinches, gente sorda,
que a nubarrones la pespunta y borda.
JUAN: Aquí quedó Leonor.
TELLO: No hay puerta abierta,
que aun el alba bosteza y no despierta.
JUAN: Entra en ese portal.
TELLO: No hay más.
JUAN: ¿Qué aguardas?
TELLO: Cuatro mil escopetas y alabardas
son menester para un portal de noche;

JUAN: Música lleva al Prado.
TELLO: Los tres parecen gatos en tejado.
JUAN: Conozco aquel romance y quien le hizo.
TELLO: El tiplazo es lechón con romadizo.
JUAN: Serenos de Madrid causan catarro.
TELLO: El bajo ha sido jarro
y agora tiene muermo,
la tercera cruel canta de enfermo.
JUAN: Vuelve a mirar, que ya pasaron; mira
si habla, si suspira,
que estoy perdiendo el seso.
TELLO: Si Leonor presumió que estabas preso,
sola se volvería.
JUAN: ¡Ay, dulce prenda mía!
¿Qué le habrá sucedido?
Si a su casa volvió, yo soy perdido.

TELLO: En todo esto no veo
sino sombras, señor, de tu deseo.
JUAN: ¡Ay, infeliz de mí! Que el bien tenía,
y como quien dormía
y soñaba tesoro,
que las manos bañó de plata y oro,
siendo fingidas sombras los diamantes,
que al aurora volaron inconstantes,
y despertó al ruido
o el propio nombre le tocó el oído;
así me siento, y solo y triste veo
la burla de mi amor y mi deseo;
que dicha en desdichado
es sueño que nació de bien pasado,
que lo que vió de día
de noche le pintó la fantasía.
TELLO: Ya, ¿qué piensas hacer?
JUAN: Morirme, Tello.
TELLO: Eso es muy bueno para dicho; hacello
es muy dificultoso.
JUAN: ¿Qué gente es ésta?
TELLO: Estruendo bullicioso
de gente que no ayuna
del gran Profeta a la bendita cuna;
pues como hablaba, mudo, Zacarías,
todos quieren hablar en tales días.

Salgan por una puerta FABIO, LEANDRO, y FENISA, de noche de San Juan, y por otra LEONARDO y RODRIGO, guarnecidos los sombreros y ferreruelos de fajas de papel, y LUCRECIA, dama

LUCRECIA: Las vayas han de ser sin pesadumbre.
FENISA: Este día, señores, es costumbre
alegrarse no más y no enojarse.
LEANDRO: Para reñir, mejor es acostarse.
LEONARDO: No te enojes, que es uso de la Corte;
si no te han dicho cosa que te importe.
LUCRECIA: ¿Qué había de decirme aquella dama,
si sabe que sé yo cómo se llama?
FABIO: Buena invención la de la plata.
LEANDRO: Buena,
con el papel, que más que plata suena;
que ya vale el papel como la plata;
tanto gastan procesos y poetas,
que libranzas, por Dios, que andan secretas.
FABIO: Uno conocí yo, y era tan franco,
que trocaba lo escrito por lo blanco;

pero no pudo hallar quién lo trocase.
FENISA: ¡Que noche de San Juan se empapelase
y viniese, atrevido,
de ciruela de Génova vestido

un hombre con sus barbas y bigotes!

TELLO: Al Prado van los dichos matalotes.

RODRIGO: Oyen, señores míos, poco a poco,
que me voy enojando, y pico en loco.

FABIO: Pues conmigo te metes
figura guarnecida de cohetes.

RODRIGO: Pues lacayo que jura de cochero
y consultado está de despensero,
dos cosas más corrientes estos días
que testimonios y mentiras frías,
caballero te finges, disfrazado?

LEANDRO: ¡Oh qué lindo borrego trasquilado!

JUAN: Llega, Tello. ¿Qué aguardas?

TELLO: Caballeros,
¿han visto cierta dama, cuyas señas
son capotillo y plumas y buen aire,
que dejaron aquí sus escuderos
por ver una pendencia?

RODRIGO: ¡Qué donaire!
¿Fueran más frías dos cansadas dueñas
con sus antojos, tocas y rosario?
Pues hombre que pregona letüario
más súbito que copla de repente.
¿Tú vienes a dar cómo a tanta gente?

TELLO: De veras hablo y con disgusto vengo,
que no soy hombre que ese oficio tengo.

LUCRECIA: Quedo, que ya está el cómo declarado.
Su matrimonio trascartón le ha dado;
señor mío, si habló con cerbatana,
en la parroquia la hallará mañana
colgada de la pila, como llave,
si el médico de Cádiz no lo sabe;
que con sus almanaques
dice que habrá pescado en los Alfaques,
y los vende firmados,
que dice que hay pronósticos hurtados.

LEONARDO: Jure de gamo.

FABIO: Jure de venado.

TELLO: Hidalgos, bueno está, quedo, con tiento.

RODRIGO: ¿Valiente? ¡Oh qué gracioso disparate!

FABIO: Contradicción implica.

LUCRECIA: No se trate
desta materia más; vamos al Prado.

LEANDRO: Jure de gamo.

FABIO: Jure de venado.

Dándole grita, se entren

TELLO: ¿No has escuchado la grita?

JUAN: Estoy por desesperarme;
todo es perderme y matarme
cuanto mi amor solicita.

Tello, tú fuiste la culpa
de aquella injusta prisión,
que ayudarte en la cuestión
fué de mi culpa disculpa.
¿Qué importa noche como ésta
sufrir disparates locos?

TELLO: Fueron muchos, que a ser pocos
yo los pasara por fiesta.
Aquí no hay más que esperar,
si a casa volvió Leonor.

JUAN: Que aun el día (¡oh gran rigor!)
no me ha venido a ayudar.
Algún amante que tiene
en brazos el bien que adora
detiene, Tello, al aurora
con hechizos, pues no viene.
Que habiendo, a mi parecer,
o a mi amor se lo parece,
dos mil años que amanece,
no acaba de amanecer.

TELLO: Estar aquí no es partido,
que no es aguja Leonor
para buscarla, señor,
donde la habemos perdido.
Vamos a casa, que creo
que allí la habemos de hallar.

JUAN: ¿Quién podrá, Tello, esperar
los años de su deseo?

TELLO: Un hombre sale, señor,
de aquella casa de enfrente.

JUAN: No habrá cosa que no intente
por templar mi loco amor.

Sale don PEDRO

PEDRO: Sueño que fuiste como dulce empeño,
de los cuidados que tu sombra asiste,
¿Cómo para cuidados, sueño fuiste,
si nunca diste a los cuidados sueño?
Tú, que de cuanto vive, fácil dueño,
las mayores tristezas suspendiste,
¿por qué me dejas desvelar de triste
sin ver mis ojos tu sabroso ceño?
¡Oh muerte mentirosa en perezosos
y muerte verdadera en desvelados!;
bien podemos llamarte los quejosos
amigo falso que huye en los cuidados,
pues te vas a dormir con los dichosos
y dejas desvelar los desdichados.

JUAN: Déjame que le hable yo,
que tu poca dicha tienes,

que puede ser que haya visto
a Leonor.

TELLO: ¡Qué yerro emprendes!

PEDRO: Dos hombres he visto allí;
gente segura parece;
si requiebran en la calle,
saber por ventura pueden
si Blanca ha llegado aquí.
¡Ah, caballeros! no tienten
vuesas mercedes la espada;
de paz soy, seguros lleguen.

JUAN: Antes hablaros quería
por vecino, cortésmente,
desta calle.

PEDRO: Y yo, señor,
por si acaso os entretiene
alguna destas ventanas,
cuyos dueños lo merecen.
Aguardo desde las diez
cierta dama, y como duerme
tan mal amor, me he vestido;
como si el aire pudiese
templar imaginaciones,
aunque se templase en nieve.
Suplícoos que me digáis
si la habéis visto, que suelen
volverse cuando hay testigos,
porque la busque y no espere,
y por despejar la calle
si os hago estorbo.

JUAN: (¡Que encuentre **Aparte**
un mismo amor dos cuidados!
Fábula, por Dios, parece.)
A preguntaros lo mismo
una desgracia me atreve,
que acuchillando unos hombres
perdí una dama, en que pierden
tanto mi vida y mi honor
que uno acaba y otro muere.
No he visto lo que esperáis,
de que es justo que me pese;
si lo que espero habéis visto,
oíd las señas que tiene.

PEDRO: No hay para qué las digáis.
(Hermano o marido es éste; **Aparte**
la mujer peligro corre;
discreción será que niegue.)
Caballero, yo quisiera

que en esta ocasión presente
fuéramos los dos dichosos
y que con palabras breves
diéramos el uno al otro

de lo que buscando viene
las nuevas y las albricias.

JUAN: Dios os guarde y os consuele.

PEDRO: Dios os consuele y os guarde.

JUAN: Vamos, Tello, que mi muerte
es imposible excusarse.

TELLO: Cuando, solícito, quieres
saber, señor, de tu dama,
bella Leonor, ángel, fénix,
este socarrón amante,
muy necio e impertinente,
te pregunta por la suya;
mala noche de mujeres;
menester es pregonallas.

JUAN: Pues diga amor, quién supiere
de Leonor, de la hermosura,
del sol, del ave celeste,
de la discreción más rara,
del gusto más excelente,
del mejor despejo y brío
que hoy en la corte se prende.
Con cuyo pie de tres puntos
cuantas han nacido mienten
vuélvala luego a su dueño,
que si a su dueño la vuelve
le darán de albricias almas.

TELLO: Buenas nuevas si las creen;
pero sólo te suplico,
porque las señas no yerren,
que a los tres puntos del pie
añadas siquiera siete.

JUAN: ¿Agora donaires, Tello?

TELLO: Perdona.

JUAN: ¡Cielos, tenedme!;
que en hallarla o no la hallar
están mi vida o mi muerte.

Vanse don JUAN y TELLO

PEDRO: Qué yerro pudiera ser
si éste, como he sospechado,
es marido que hacia el Prado
topó su propia mujer,
que llevaba algún galán,
y entonces le acuchilló,
dársela, muy necio yo.
Mejor sin ella se van
hasta que mañana el día
me diga lo que he de hacer.

Salen Doña BLANCA y ANTONIA con rebozos y sombreros

ANTONIA: El porfiar es vencer.
BLANCA: Grande ha sido mi osadía.
¿No había de estar aquí
agora don Pedro?
ANTONIA: ¿Quieres
que llame?
BLANCA: Sí.
PEDRO: Dos mujeres,
(¡ay, cielos!), vienen allí.
Ellas son. ¡Blanca!
BLANCA: ¡Señor?
PEDRO: ¡Cómo me has tenido en calma,
que en ir y venir el alma
está sin pulsos amor!
Mas como cierra la rosa
a la noche el tornasol
y después saliendo el sol
vuelve a salir más hermosa,
así yo de tu presencia,
Blanca, al aurora salí
con la vida que perdí
en la noche de tu ausencia.
¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho?
BLANCA: Al instante que salía,
dándome amor osadía
alma de mi tierno pecho,
dos amigas en su coche
me hicieron por fuerza entrar,
donde más que pasear
fue llorar toda la noche.
Volví tarde, donde hallé
que mi hermano, alborotado,
con don Luis me había buscado;
tu cuidado imaginé,
y con ánimo de quien
no tiene más bien que a ti,
segunda vez lo emprendí,
y al fin me ha salido bien.
PEDRO: No es hora, señora mía,
de pleitos ni de escrituras;
entrad a esperar seguras
este perezoso día,
que tiene dentro de sí
más años que el mundo tiene.
BLANCA: Mi honor a tus manos viene.
PEDRO: Ese mismo es alma en mí.
ANTONIA: Mira lo que haces, señora.
BLANCA: Antonia, si una mujer
no se dejase vencer,
¿quién puede?
ANTONIA: Un hombre que llora.

BLANCA: Yo conozco mi firmeza.
ANTONIA: Tú saldrás desa fatiga
las manos en la barriga
como otros en la cabeza.

Vanse. Doña LEONOR se pone en lo alto

LEONOR: Salid por este balcón,
pues que no salís del pecho,
llamas de amor, que habéis hecho
incendio mi corazón;
respire como infición
este aposento, y no impida
que viva el alma encendida;
dad lugar a las que quedan
para que las otras puedan
ir conservando la vida.
¿Qué pajarillo el olvido
de la noche así culpó
cuando el aurora esperó
sobre las pajas del nido?
¿Qué caminante perdido?
¿Qué marinero turbado,
qué desabrido casado
más tarde la vino a ver
durmiendo de su mujer
en la galera forzado?
Qué poca dicha, don Juan,
tuvo contigo mi amor,
si bien a mi ciego error
culpa mis desdichas dan.
Preso estás, a verte van
mis suspiros, mientras sigo
tu prisión; permite, amigo,
que allá se queden en ti;
porque no haya cosa en mí
que no esté presa contigo.

Tres caballeros, de noche: Don ALONSO, Don FÉLIX, y Don TORIBIO

ALONSO:; ¡Qué necio ha estado el Prado!
FÉLIX: Tan pícaro sin olmos ha quedado
que nadie acierta a hablar por descubierto.
TORIBIO:; De los bailes, don Félix, vengo muerto.
ALONSO:: Tristes danzas de España, ya murieron.
FÉLIX: Dios las perdone, gente honrada fueron.
TORIBIO: ¿Qué se hicieron gallardas y pavanas,
pomposas como el nombre, y cortesanas?
ALONSO: Ya se metieron monjas.
FÉLIX Cosa extraña
que ya todas las danzas en España

se han reducido a zápiro y a zépiro,
a zípiro y a ñápiro.

ALONSO: Por Dios, que es gran donaire,
no tenéis que decir.

FÉLIX: Sí, pero el aire,
la gala y bizarría
con que el mayor señor danzar podía
y los pies de gibaos,
y alemanas y brandos en saraos,
¿por qué se han de dejar de todo punto?

ALONSO: Hermano, porque todo el mundo junto
se vuelve ya, como el vestido, viejo;
lo de atrás adelante.

FÉLIX: Mal consejo.

ALONSO: La novedad, don Félix, siempre agrada,
sea en razón o en sinrazón fundada.
Mirad que aun la poesía
no habla ya la lengua que solía.
¿No habéis visto la máquina estrellada
cuando la noche muda y enlutada,
natural de Chinchón y de pulgares,
teñidos con hollín los aladares
saca medio dormida el negro coche?
No habéis visto en las manos de la noche
el nuevo infante día
nacer dando alegría
a las aguas y flores?
¿No habéis visto después cantar amores
los dulces pajarillos
al esconderse los armados grillos
entre los alcaceres?
¿No habéis visto con naguas las mujeres
sin anchos verdugados y abaninos
y los chapines de bordados finos,
que fueron en sus madres de badana?
¿No habéis visto espumosa la mar cana
sorberse naves como huevos frescos?
¿No habéis visto en jubones y grigüescos
tanto algodón que aun el andar reporta?
Pues si no lo habéis visto, poco importa.

FÉLIX: ¡Qué notable frialdad!

ALONSO: Usase ahora.

FÉLIX: ¿No véis que allí suspira cierta mora?

TORIBIO: Sin duda es Melisendra, caballeros,
que aguarda a don Gaiferos.

ALONSO: ¡Oh tú, doncellidama,
si sales a saber cómo se llama
el que ha de ser tu esposo
y la oración has hecho al glorioso
Bautista, santo de profeta palma,
sábete que ha de ser Juan de buen alma,
y que por lo agarrado

primero que Mendoza será Hurtado?

Échele una cadena

LEONOR: Pues tome por la nueva esa cadena.
ALONSO: Hola, don Félix; ¡vive Dios! que es buena,
que pesa y huele al oro y no (es) azófar.
TORIBIO: ¡Peregrino suceso!
FÉLIX: Mostrad. ¡Buena, por Dios!, dícelo el peso.
ALONSO: Métase el alba y llore allá su aljófar,
que se deshace en flores y azucenas.
FÉLIX: ¡Oh, aurora, lloradora de cadenas!
Si acaso no eres duende
y es mañana carbón cuando la vende.
LEONOR: No hará, que me ha tocado
en lo vivo del alma, aquello Hurtado.
ALONSO: ¿Y el Juan también?
LEONOR: No sé; váyase ahora,
que hay peligro en la calle.
ALONSO: Adiós, señora.
TORIBIO: El médico de Cádiz no dijera
con su firme pronóstico que fuera
más verdadero que éste.
ALONSO: Vuesa merced se acueste
en sábanas de Holanda,
que yo me voy a hacer la zarabanda.
Y tantos eslabones como tiene
esta cadena el buen Hurtado pene
años en que la sirva y la requiebre.
TORIBIO: Mas que nos ha de dar gato por liebre.
ALONSO: Así se le volvieran, y tan buenas,
a la cárcel de corte las cadenas.

Vanse. Salgan Doña BLANCA, Don PEDRO y ANTONIA

PEDRO: Detente, señora mía.
BLANCA: ¿Que me detenga? Ya es tarde.
¿Para tales sinrazones,
vil caballero, me traes
con tanto engaño a tu casa?
PEDRO: Plega al cielo que me mate
un rayo si tengo culpa.
LEONOR: Aquel caballero sale **Aparte**
con una dama riñendo;

atenta quiero escucharle;
por dicha tengo la culpa.
BLANCA: Persuadirme, ingrato, es darme
más pena de la que tengo.
¿Era yo mujer infame,
que teniendo en casa amiga,

con engaños semejantes,
con lágrimas, con papeles,
con finezas, con jurarme
que era de tu pecho el alma
y de tus venas la sangre,
me obligas a que tan loca
hermano tan noble trate
con término tan indigno
de mujeres principales?
No importa, que al fin, ingrato,
no tienes de qué alabarte,
que el honor que no ha caído
es fácil de levantarse.
Sola una mano me debes
sobre juramentos graves,
y yo tengo quien me vengue
si no tuve quien me guarde.
¿Tú caballero? ¿Tú noble?

PEDRO: Señora, mientras no amaines
las lágrimas y las voces,
¿cómo puedo asegurarte
de que no he faltado un punto
a obligaciones tan grandes?
Oye, por Dios, advirtiendo
que no pudiera un alarbe
hacer la maldad que dices.

BLANCA: ¿Pues yo no sentí quejarse
y llorar una mujer
otro aposento adelante
de donde la cama tienes?
¿Pueden ser quejas iguales
sino de tales traiciones?
Que no es justo que se llamen
celos tan viles desprecios,
que celos, aunque mortales,
son de lo que se imagina,
que no de lo que se sabe.
Demás de que ya me ha visto;
pero porque no la mates,
por los suspiros me escribe
su desdicha y tus maldades.
Y plegue a Dios que no sea
mujer propia que te canse,
si puede haber en el mundo
tiranos que así las traten.

PEDRO: Señora, negar no puedo
que como yo te esperase,

siglos haciendo las horas,
años los breves instantes,
esta mujer escondida
hallé, saliendo a buscarte,
en lo escuro desta puerta;

pidióme, que la amparase;
es mujer, soy hombre, pudo
lastimarme y obligarme.
Yo no sé si es la ocasión
marido, galán o padre;
ella nos dirá el suceso
y podrá desengañarte.
Que mal pudiera ser yo
villano e inexorable
a lágrimas de mujer,
y más si de causa nacen
como la que miro en ti,
fuera de ser como un ángel,
que si llorando una fea
no hay lástima que no cause,
¿qué hará una mujer hermosa,
que parece que se caen
de dos estrellas del cielo
sobre claveles, cristales?

BLANCA: ¡Oh qué extremada pintura!
¿No pudiera retratarse
esta mujer sin claveles?
Parece que versos haces.
¿Un ángel a tales horas
quieres, don Pedro, que hable?
Para tales jerarquías
es muy humilde mi traje;
iréme a mi casa agora
y mañana por la tarde
vendré a hacerle una visita.

PEDRO: Debes de querer matarme.

BLANCA: Tú entretanto será justo
que consueles y regales
ángel de tales claveles.

PEDRO: Mátame bien, no te canses.

BLANCA: Muy santo debes de ser,
reliquias pueden cortarte,
pues ángeles te visitan.

PEDRO: Ahora bien, entra y no aguardes
a que siendo ya de día
alguna persona pase
que te conozca.

BLANCA: ¿Estas loco?
¿Yo entrar, yo verte, yo hablarte?

PEDRO: Mira que yerras en esto.
Pues primero que te cases
me pides injustos celos,
conque puedo imaginarte
de condición insufrible.

BLANCA: No hayas miedo que te enfade.
Queda con Dios.

PEDRO: No seas necia.

BLANCA: Voy a que alguno me ampare,
aunque sin ser ángel llore
sobre claveles cristales.
LEONOR: ¡Ah, dama, señora,; ah, reina!
BLANCA: ¿Quién es?
LEONOR: Quien no es bien que cause
injustamente estos celos
entre tan firmes amantes.
Hacedme merced de entrar,
porque no por ampararme
es bien que ese caballero
os pierda; entrad y escuchadme.
BLANCA: Desde ese balcón podréis
decir quién y qué os trae
a tal hora y en tal noche.
LEONOR: Obligaréisme a que baje,
porque no son mis desdichas
para echadas en la calle.
Entrad y sabréis quién soy.
BLANCA: Vuestro término es bastante
a vencerme; voy a oíros.
PEDRO: Quieran los cielos que baste;
porque en dando una mujer
en celosos disparates,
hará verdades mentiras
y hará mentiras verdades.

Vanse. Salen don LUIS, don BERNARDO y criados

LUIS: No hay sitio, no hay señal, prado ni río
que déllas tenga ni señal ni nueva.
BERNARDO: Buscarlas me parece desvarío.
LUIS: ¡Que a darme tal pesar Leonor se atreva!
Corrido voy del pensamiento mío,
que de uno en otro a tal rigor me lleva,
que os dije la sospecha que tenía.
BERNARDO: No estoy muy lejos de decir la mía.
LUIS: Como yo vi que de camino andaba
el indiano don Juan, dióme cuidado,
creyendo que Leonor se le inclinaba;
engaño de mis celos fabricado
que, como vistes, en su casa estaba
de mi ofendido honor tan descuidado,
que apenas le llamé cuando me abrieron.
BERNARDO: Sospechas de don Juan injustas fueron.
Yo soy su amigo, y si a Leonor quisiera,
cuando le dije yo que la quería

lo mismo en confianza me dijera
y desistiera yo de mi porfía;
como la vuestra mi sospecha fuera;
pero presumo que es verdad la mía.

LUIS: Pues vos ¿qué sospecháis?
BERNARDO: Un pensamiento
que a Blanca pudo dar atrevimiento.
Hay en este lugar un caballero,
que ha venido a negocios de Navarra
entendido, galán y lisonjero;
persona, en fin, para querer, bizarra.
No ya libre navío del mar fiero
de Sanlúcar pasó la estrecha barra
con más banderas, que le sirven de alas,
que él por mi calle con diversas galas.
Halléle hablando con mi hermana un día
y díjome, turbado, que informado
de que presto a Sevilla me volvía,
estaba de mi casa aficionado.
Pienso, don Luis, que la verdad decía;
pero dándome celos su cuidado,
me informé de su casa, por si acaso
tantos paseos no mudaban paso.
Esta que veis, don Luis, es su posada.
LUIS: Sí; pero ¡de qué sirve haber creído
esa imaginación sólo fundada
en verle en vuestra calle divertido?
BERNARDO: ¿Vos no buscastes a don Juan, la espada
celosa del agravio y prevenido
el ánimo a matarle? Pues yo quiero
buscar este navarro caballero.
Que como imaginastes que podía
a Sevilla llevarse vuestra hermana,
a Pamplona podrá llevar la mía,
si no me sale la esperanza vana.
LUIS: Pues qué, ¿pensáisle hablar?
BERNARDO: Eso querría.
LUIS: ¿En qué ocasión?
BERNARDO: Con que se va mañana
y que estoy desta casa aficionado.
LUIS: Pensémoslo mejor.
BERNARDO: Ya lo he pensado.

Pónense a hablar los dos, y entran don JUAN y TELLO

JUAN: Desde que don Luis me habló
con don Bernardo en mi casa,
Tello, los vengo siguiendo
y que viniesen me espanta
adonde perdí a Leonor.
TELLO: ¿Cómo ya saben que falta,
pues a su casa no ha vuelto,
ni menos salió con Blanca?
Alguien que lo vio lo ha dicho.
JUAN: Vive Dios, que más extraña

confusión no ha sucedido
a hombre, y que se me acaba
la paciencia imaginando
que puedan desdichas tantas
caber en sola una noche.

TELLO: Si estuvieran acabadas,
menos mal hubiera sido.

JUAN: No cuenta cosas tan varias
de Clariquea, Heliodoro.
Las de Teágenes pasan
en años, pero las mías
en una noche.

TELLO: No hagas
exclamaciones, que pueden
oírte.

LUIS: ¡Oh leyes humanas
e inhumanas! Que a los hombres
nos toque, por muchas causas,
el servir a las mujeres,
el acudir a las galas
(que es lo que ellas más estiman),
el sustentarlas, el darlas
hasta la sangre y la vida
y algunas veces el alma,
está bien; dellas nacimos,
que ya con esto se paga;
pero ¡que el mundo haya puesto
nuestra honra, nuestra fama
y autoridad en sus manos...!

BERNARDO: Como por las calles anda
tanta gente, ¿en ciertos hombres
que nos siguen, no reparas?

LUIS: Bien dices. ¡Ah, caballeros!
¿Quiérennos algo? ¡No hablan?

JUAN: Don Juan soy.

BERNARDO: ¿Vos nos seguís?

JUAN: Desde que me habló en mi casa,
don Luis, sospeché que andáis
de pesadumbre, y la espada
es en los hombres de bien
para defender la causa,
después de la fe y del rey,
del amigo y de la patria.
No quiero saber lo que es,
sino que a serviros salga;
que no sufre la que es noble
estar ociosa en la vaina.

BERNARDO: Sois bien nacido en efeto;
merecéis que el rey os haga
la merced que le pedís,
y si fuere de importancia
nos la haréis, como habéis dicho.

Yo llamo en aquesta casa,
donde pienso que ha de estar
cierta prenda que me falta.

JUAN: Tello, don Bernardo busca
a Leonor; gran mal me aguarda;
mala noche de San Juan.

TELLO: Peor será la mañana.

Sale Don PEDRO

PEDRO: No he visto venir el día
con tantas voces. ¿Quién llama?
Justicia es ésta. ¿Quién es?
El amparar esta dama
me ha de costar pesadumbre
si ha de resultar en Blanca.

LUIS: Dejádmele hablar a mí.
Caballero, dos palabras.

PEDRO: ¿Qué me mandáis en que os sirva?

LUIS: Esta noche, de una casa
principal, falta a su dueño,
no digo su honor, su hermana,
y se sabe que está aquí.
Toda esta gente embozada
es justicia; vos podéis
seguro manifestarla
de que no os harán agravio;
donde no . . .

PEDRO: Señores, basta;
así es verdad que la tengo,
que aquí llegó lastimada,
como mujer a quien suelen
suceder tales desgracias.
Dila el favor que era justo.
Yo voy por ella.

Vase

LUIS: Obligada
dejaréis su casa y deudos
por defensor de su fama.
Aquí está Blanca, Bernardo.

JUAN: ¿Luego buscaban a Blanca?

TELLO: ¿No lo ves? Menos desdicha,
pues que no podrán casarla
con don Bernardo a Leonor.

BERNARDO: Pensando estoy con qué traza
salga yo de aquí con honra.

LUIS: No lo penséis sin hablarla,
porque su lengua ha de ser
o el remedio o la venganza.

Salen Don PEDRO y LEONOR

PEDRO: Señora, salir es fuerza;
que si pudiera excusarla,
yo os sirviera; mas no puedo.

LEONOR: Si no es quien pienso, me aguarda
la muerte; pero ¿qué importa,
si mis desdichas se acaban?

PEDRO: La dama es ésta, señores.

BERNARDO: Esta no es Blanca, mi hermana.

LUIS: ¿Pues quién?

BERNARDO: La vuestra.

LUIS: ¡Leonor!

BERNARDO: La misma.

LUIS: ¿Pues cómo estabas
en esta casa?

LEONOR: Salimos
yo y Blanca con otras damas
al Prado, y como estas noches
tantos desatinos pasan,
unos hombres descorteses,
con poco honestas palabras
nos daban grita, a quien otros
hicieron con las espadas
callar bien a costa suya.
Yo y Blanca entonces, turbadas,
a este hidalgo le pedimos
nos escondiese en su casa,
porque a las demás del coche
presas pienso que llevaba
la justicia.

BERNARDO: Desa suerte,
¿aquí también está Blanca?

LEONOR: Sí, señor.

LUIS: Notable dicha.
Señor, decilda que salga,
porque esa dama es mi esposa.

PEDRO: Si ella lo dice, eso basta,
que ya sale, y yo a su gusto
no replicaré palabra.

Doña BLANCA y ANTONIA salen

BLANCA: Pues ya Leonor os ha dicho,
señores, nuestra jornada,
yo no tengo que añadir
sino sólo que deis gracias
a este noble caballero.

JUAN: Tello, de la lengua al alma
anda mi amor dando voces,
aunque parece que calla.

TELLO: Como la gloria en el fin

siempre dicen que se canta,
aquí se llora el peligro.

LUIS: Sólo falta que casadas
queden las dos, ya que el cielo
favoreció nuestra causa;
no aguardemos otra noche
de San Juan, que la pasada
nos podrá servir de ejemplo.

BERNARDO: Dad vos la mano a mi hermana,
que yo la daré a la vuestra.

LEONOR: Las mujeres no se casan
dos veces, vivos sus dueños,
aunque suelen tener causa,
si no es aquellas que quieren
ser dos veces desdichadas.

LUIS: Leonor, ¿qué dices?

TELLO: Don Juan,
¿qué estás mirando? ¿Qué aguardas?
Mira que dan a Leonor;
di que es tuya, llega y habla.
¿Quieres tú que te la metan
con una cuchar de plata
dentro de la boca?

JUAN: Amor,
señores, cuya tirana
fuerza. . .

TELLO: Qué entrada tan necia.
Tiembla el mundo y llora España.

JUAN: Comunicando diez meses
con doña Leonor gallarda
por las ventanas los ojos,
por los papeles las almas,
me dio de su voluntad
(cuando más rendido estaba)
victoria; con que os he dicho
que está conmigo casada.
Ya sabéis los dos quién soy.

BERNARDO: Don Juan, mi amistad se agravia,
no de querer a Leonor,
mas de no decir que estaban
en estado vuestros pechos,
que la pretensión dejara
desistiendo de la empresa,
aunque con menos ventaja,
pues hoy doy la posesión
y allí os diera la esperanza;
dalde la mano, y así
con don Luis se casa Blanca,
que aunque se rompa el concierto,
mejor estará empleada
en vos que en mí.

LUIS Yo agradezco,

don Bernardo, por tres causas
esas razones: por mí,
por don Juan y por mi hermana;
pero pues vos no os casáis,
y en esto el concierto falta,
ni yo es justo que me case,
sino que halle en esta casa
Blanca en don Pedro marido
que la relación pasada
que me hicistes de los celos
y el hallarla aquí me mandan
que se la dé con mi gusto.

PEDRO: Con la misma confianza
estuve siempre.

JUAN: Yo soy
de Leonor.

PEDRO: Yo soy de Blanca.
¿Y yo de quién soy?

PEDRO: De Antonia.
Aquí la comedia acaba
de la noche de San Juan,
que si el arte se dilata
a darle por sus preceptos
al poeta, de distancia,
por favor, veinticuatro horas,
ésta en menos de diez pasa.

FIN DE LA COMEDIA